

BIBLIOTECA POPULAR

JULIO VERNE

EDGARDO POE

Y

SUS OBRAS

NOCHES

DE

TORCUATO TASSO

BIBLIOTECA POPULAR.

JULIO VERNE

EDGARDO POE Y SUS OBRAS

NOCHE DE TORCUATO TASSO

EDGARDO POE Y SUS OBRAS.



CAPÍTULO I.

Escuela de lo extraño. —Edgardo Poe y Baudelaire. —Miserable existencia del novelista. —Su muerte. —Ana Radcliff, Hoffman y Poe. —*Historias extraordinarias*. —Doble asesinato en la calle de la *Morgue*. —Curiosa asociación de ideas. —Interrogatorio de los testigos. —El autor del crimen. —El marino maltes.

Voy á presentaros, caros lectores, un novelista americano de envidiable fama, á quien muchos sin duda conoceréis de nombre, pero pocos por sus escritos.

Permitidme, por lo tanto, hablaros de ese hombre célebre y de sus obras; que ambos ocupan un lugar importantísimo en la historia déla imaginación.

Edgardo Poe ha creado un género especial, distinto, que procede únicamente de sí solo, y del cual me parece que se ha llevado, al morir, el secreto.

Se le puede llamar *maestro de la escuela de lo extraño*; pues ha hecho retroceder los límites de lo imposible, y tendrá imitadores ó discípulos.

Estos intentarán ir más adelante que él, exagerando su género; pero más de uno creará aventajarle, que ni siquiera le igualará.

Ante todo debo manifestar que un crítico francés, Carlos Baudelaire, ha escrito al frente de la traducción de las obras de Edgardo Poe, un prefacio, tan extraño como el texto del autor.

Quizás este prólogo necesitaría á su vez algunos comentarios explicativos, para la inteligencia de todo el mundo.

Sea como fuere, se ha hablado mucho de él en el mundo literario; ha causado sensación, y no sin motivo. Carlos Baudelaire era digno de comentar y explicar al autor americano, y no deseo al autor francés otro comentador de sus obras presentes y futuras que

un nuevo Edgardo Poe.

Ambos nacieron para comprenderse; lo cual quiere decir que la traducción del señor Baudelaire es excelente, tanto, que me sirvo de ella para los pasajes citados en el presente estudio.

No intentaré explicaros lo inexplicable, lo incomprensible, lo imposible que ha dado á luz la imaginación de un hombre que á veces llevaba su fantasía hasta el delirio.

Pero paso á paso seguiremos á Poe; os daré cuenta ó idea de sus curiosas novelas, con muchas citas; os manifestaré cómo procede, y en qué punto sensible de la humanidad toca, para deducir los más extraños efectos y resultados.

Nació Edgardo Poe el año de 1813 en Baltimore, en América, en medio de la nación más positivista de la tierra.

Su familia, colocada desde mucho tiempo en brillante posición, degeneró extraordinariamente, en fortuna, hasta llegar al famoso novelista.

Si su abuelo se hizo ilustre durante la guerra de la independencia Norte-Americana, siendo primer jefe del Estado Mayor de La Fayette, su padre murió siendo un miserable comediante en la más completa pobreza y necesidad.

Un tal Allan, comerciante de Baltimore, adoptó al joven Edgardo, y lo mandó á viajar por Inglaterra, Irlanda y Escocia.

Parece que no visitó Edgardo Poe á París, de cuya ciudad describe inexactamente algunas calles en una de sus novelas.

De regreso á su patria en 1822, continuó sus estudios en Richmond, demostrando singular aptitud para la física y las matemáticas.

Su relajada conducta hizo que lo, despidieran de la universidad de Charlottesville y de su familia adoptiva.

Embarcóse entonces para Europa y marchó á Grecia en el momento de aquella guerra que no parece haberse hecho más que para mayor gloria de lord Byron.

De paso haremos notar que Poe era un buen nadador como el famoso poeta inglés, sin que intentemos sacar ninguna consecuencia de esa igualdad de aptitudes físicas en ambos escritores.

Pasó Edgardo Poe de Grecia á Rusia, donde llegó hasta Petersburgo, hallándose comprometido en ciertos asuntos, cuyo secreto no nos ha sido dable conocer, y volvió al Norte-América,

donde entró en una escuela militar.

Su carácter díscolo é indisciplinable hizo que lo expulsaran pronto de ella: entonces probó los sinsabores de la miseria, y de la miseria norte-americana, que es la más espantosa de las indigencias.

Para poder vivir se ocupó en algunos trabajos literarios; pero por fortuna ganó dos premios fundados por una Revista, uno para el mejor cuento y otro para el mejor poema.

Desde aquel momento comenzó á elevarse del estado miserable en que se arrastraba y pronto llegó á ser director del *Southern literary Messenger*.

Merced á la acogida de sus artículos, el periódico fué prosperando, de lo cual resultó una especie de comodidad facticia para el novelista, que, se casó con su prima Virginia Cemm.

Dos años después riñe con el propietario de su periódico, debiendo decirse en honor de la verdad que el desgraciado Poe pedía á menudo á la embriaguez del aguardiente sus más extrañas inspiraciones.

Entre tanto su salud se alteraba poco á poco... Pasemos de prisa por esos momentos de miseria, de luchas y buenos éxitos, de esperanzas y desesperaciones del novelista, sostenido por su mujer y mayormente por su suegra, que lo amó como á un hijo hasta más allá de la tumba, y digamos que á consecuencia de una larga sesión en una taberna de Baltimore, el 6 de Octubre de 1849, se encontró un hombre tendido en medio de la vía pública: era Edgardo Poe.

El infeliz todavía respiraba, y fué trasladado al hospital donde se apoderó de él el *delirium tremens* (convulsiones con delirio á causa de fuerte embriaguez), y murió al día siguiente cuando apenas contaba la edad de treinta y seis años.

Tal es la vida del hombre indicada á grandes rasgos; veamos ahora sus obras.

Dejaré á un lado al periodista, al filósofo, al crítico, para detenerme en el novelista.

Con efecto, en la novela, en la historia, en el cuento es donde se desarrolla toda la extraña originalidad del génio de Edgardo Poe.

No ha faltado quien le comparara con dos escritores de fama europea, la inglesa Ana Radcliff, y el alemán Hoffman; pero Ana Radcliff ha explotado el *género terrible*, que se explica siempre por causas naturales, y Hoffman ha escrito fantástico puro, que ninguna

razón física puede abonar ó apoyar.

No sucede lo mismo con Edgardo Poe, cuyos personajes pueden existir en rigor; pues son inminentemente humanos, dotados, empero, de una sensibilidad nerviosísima, sobreexcitada; individuos excepcionales, galvanizados por decirlo así como sucedería con personas sometidas á la respiración de un aire muy cargado de oxígeno y cuya vida no fuese más que una activa combustión.

Si los personajes de Edgardo Poe no son locos, han de serlo con el tiempo forzosamente por haber abusado de su cerebro, como otros abusan de los licores fuertes, llevan hasta un límite extremo el espíritu de reflexión y de deducción; son los más terribles analistas que conozco, que partiendo de un hecho insignificante llegan á la verdad absoluta.

Procuró definirlos, pintarlos, delinearlos; mas no lo consigo; porque escapan á la facultad del pincel, del compás de la definición.

Es preferible, de consiguiente, caros lectores, presentarlos en el ejercicio de sus funciones casi sobrehumanas, como voy á efectuar.

De las obras de Edgardo Poe, poseemos dos tomos de *Historias extraordinarias*, traducidas por Carlos Baudelaire; los *Cuentos inéditos*, traducidos por Guillermo Hughes, y una novela titulada *Aventuras de Arturo Gordon Pym*.

Voy á entresacar de esos diversos libros los asuntos más dignos de avivar vuestro interés, y lo lograré sin trabajo, puesto que la mayor parte del tiempo dejaré á Edgardo Poe hablar por sí propio.

Tened, pues, la amabilidad de escucharle con entera confianza.

Quiero ante todo ofreceros tres novelas, en lasque el espíritu de análisis y de educación alcanza los últimos límites de la inteligencia.

Tales son el *Doble asesinato de la calle de Morgue*, *La Carta robada*, y el *Escarabajo de oro*.

Veamos ahora la primera de esas historias, de qué manera prepara Edgardo Poe el ánimo del lector á ese extraordinario relato.

A la vuelta de curiosas observaciones, en virtud de las cuales deja sentado que el hombre *verdaderamente* imaginativo, no es en suma más que un analista, pone en escena á un amigo suyo, Augusto Dupin, con el cual vivía en París en un sitio retirado y solitario del arrabal de San Germán.

«Amigo mío, —dijo con extraño humor:— ¿cómo definirlo pues?

(hablaba de preferir la noche por amor á la noche: la noche era su pasión.) Y á mi vez caía yo en aquel sueño extraño, como en todas las extravagancias que le eran propias, dejándome llevar por la corriente de sus singulares originalidades con entero abandono. No podía residir siempre con nosotros la tenebrosa divinidad; pero nosotros sabíamos hacerla ficticia. Al amanecer cerrábamos todos los pesados postigos y ventanas de nuestro cuchitril y encendíamos un par de bujías perfumadas, que solamente despedían rayos débilísimos y pálidos.

»En el seno de aquella ténue claridad, entregábamos cada cual el alma á nuestros ensueños ó éxtasis, leíamos, escribíamos ó hablábamos, hasta que el péndulo nos avisaba la vuelta de la verdadera oscuridad.

»Nos lanzábamos entonces á través de calles y plazas, dándonos el brazo, continuando la conversación del día, divagando al azar basta hora muy adelantada y buscando al trasluz de las luces desordenadas de la populosa ciudad esas numerosas excitaciones mentales que el estudio apacible no podía darnos.

»En tales circunstancias no podía menos de observar y admirar, aunque la rica idealidad de que estaba dotado mi amigo hubiese debido advertirme, una aptitud analítica muy particular en Dupin...

»...Sus maneras, en semejantes ocasiones, eran glaciales, distraídas; sus ojos se fijaban en el vacío, y su voz, —una preciosa voz de tenor, ordinariamente,— se elevaba hasta la voz de cabeza...»

Y aquí antes de entablar el asunto de su novela, Poe refiere de qué manera procedía Dupin en sus curiosos análisis.

«Pocas personas hay, —dice,— que en un momento cualquiera de su vida no se hayan complacido en remontar el curso de sus ideas é investigar por qué camino había llegado su mente á ciertas consecuencias ó conclusiones.

»Varias veces tiene sumo interés semejante ocupación, y el que la intenta por vez primera se asombra de la incoherencia y distancia, inmensa al parecer, que vá del punto de partida al de llegada.

—«Cierta noche divagábamos por una calle larga muy súa y cerca al Palais Royal. Permanecíamos ambos sumidos en nuestros propios pensamientos, ó lo parecía al menos, sin haber proferido

una sílaba hacía más de veinte minutos.

»De repente Dupin soltó estas palabras:

—»Verdaderamente es un mozo muy chico, y estaría mejor en su lugar que en el teatro de Variedades.

—»No tiene la menor sombra de duda, —repliqué yo sin pensar ni reparar en nada por de pronto.

»Tan absorto estaba en mi meditación, que no eché de ver la singular manera con que mi interruptor adaptaba sus palabras á lo que yo estaba pensando.

»Un minuto después volví en mí y no pude menos de asombrarme profundamente.

—»Dupin, —le dije con gravedad;— hé aquí una cosa que sobrepaja á mi inteligencia. Confieso á usted sin ambages que estoy estupefacto, y que apenas puedo dar crédito á mis sentidos. ¿Cómo ha podido suceder que usted adivinase que yo pensaba en...?

»Pero me interrumpí para no tener la menor duda de que él había realmente adivinado lo que yo pensaba.

—»¿En Chantilly? —prosiguió él:— ¿por qué se interrumpe usted? Mentalmente se hacía usted la observación de que su pequeña estatura lo hacía impropio para la tragedia.

»Eso precisamente era lo que constituía el tema de mis reflexiones.

»Chantilly era un ex-zapatero de la calle de San Dionisio, que tenía loca pasión por el teatro y había osado tomar el papel de Jerjes en la tragedia de Crebillón.

—»Dígame usted por el amor de Dios, el método, si método hay, en virtud del cual haya podido usted penetrar en mi alma en el presente caso.»

Como se vé, el principio es extraordinario, extravagante: aquí se empeña una discusión entre Poe y Dupin, y éste remontando la serie de reflexiones de su amigo, la muestra que siguen subiendo de esta manera: *Chantilly, el zapatero, Orión, el doctor, Nichols, Epicúreo, la estereotomía, los empedrados, el frutero.*

Hé aquí un grupo de ideas que no tienen ninguna relación entre sí, y sin embargo, Dupin va á trabarlas y ligarlas fácilmente comenzando por la última.

Con efecto, pasando por la calle un *frutero* chocó con Poe de un modo brusco y fuerte; sacudido éste por el choque, resbaló un poco

yendo á meter el pie en una piedra movediza, y se lastimó ligeramente el tobillo maldiciendo el *empedrado* defectuoso.

Al llegar á un sitio en que se ha hecho una prueba de soldado de madera, ha venido á su pensamiento la palabra *estereotomía*, y esa palabra lo ha llevado inevitablemente á los átomos y teorías de *Epicúreo*.

Y como quiera que hacía poco tiempo había tenido con Dupin una discusión, durante la cual éste le había manifestado que los últimos descubrimientos cosmogónicos del *doctor Nichols*, confirmaban las teorías del filósofo griego, Poe, al recordarlo, no ha podido menos de alzar los ojos hacia la constelación de *Orión*, que á la sazón brillaba en todo su esplendor.

Ahora bien, el verso latino:

Perdidit antiquum littera prima sonum⁽¹⁾.

alude á *Orión* que se escribía primitivamente *Urión*, y este verso acababa de aplicarlo irónicamente un crítico de teatros en su último artículo al *zapatero Chantilly*.

—«Esa sucesión de ideas, —prosiguió Dupin,— la he visto en la *manera* de sonreír que agitó los labios de usted pensando en la inmolación del pobre zapatero. Hasta entonces había usted caminado cabizbajo, inclinado, pero entonces le he visto erguirse en toda su altura, y estaba seguro de que pensaba usted en la baja estatura del pequeño Chantilly. En este momento he interrumpido las reflexiones que hacía usted para advertir que ese Chantilly era un pobre abortillo que estaría mejor en su puesto que en el teatro de Variedades.»

¿Qué cosa más ingeniosa y original, —pregunto yo,— podría presentársenos? ¿y hasta dónde podría el espíritu de observación llevar á un hombre dotado de él como Dupin?

Es lo que vamos á ver.

Háse cometido un crimen espantoso en la calle de Morgue: una señora anciana, llamada Espanaye, y su hija, que ocupaban una habitación del piso cuarto, fueron asesinadas á las tres de la madrugada próximamente.

Cierto número de testigos, entre estos un italiano, un inglés, un español, un holandés, atraídos por los horribles gritos, se precipitaron en el aposento, forzaron la puerta, y en medio del más extraño desorden, encontraron á entrambas víctimas, la una

extrangulada, y la otra degollada con una navaja de afeitar, sangrienta todavía.

Ventanas y puertas estaban cuidadosamente cerradas, no quedando indicio alguno del camino que podía haber tomado el asesino.

Las más sagaces investigaciones de la policía fueron infructuosas, y nada parecía poderla poner sobre las huellas del crimen.

Este suceso espantoso rodeado de tan profundo misterio interesaba mucho á Augusto Dupin, diciéndose en su interior: que para la instrucción de ese asesinato no debía procederse por los medios ordinarios y acostumbrados. Conocía al jefe de policía y obtuvo de él permiso para trasladarse al teatro del crimen, á fin de examinarlo.

Poe le acompañaba en su visita ó examen.

Dupin, seguido de un guardia, inspeccionó la calle de Morgue, las cercanías de detrás de la casa, y la fachada, con una atención sumamente minuciosa.

Luégo subió al aposento en que todavía yacían los dos cadáveres.

Su examen duró hasta la tarde sin decir palabra, y de reregreso á su casa, se detuvo algunos minutos en las oficinas de un periódico.

Durante aquella noche permaneció silencioso; sólo al día siguiente, á medio día, preguntó á su compañero si había observado algo de *particular* en el teatro del crimen.

Hé aquí dónde empieza á manifestarse el espíritu analítico de Dupin.

—«Pues bien, —dice,— aguardo á un individuo que si bien no es quizás el autor de tan horrorosas muertes, debe hallarse algo complicado en su perpetración. Es probable que sea inocente de la parte atroz del crimen... Aquí aguardo á mi hombre de un momento á otro. Si viene será necesario retenerlo. Tenemos dos pistolas, y usted y yo sabemos perfectamente para qué sirven cuando el caso lo exige.»

Os dejo, caros lectores, pensar cuál sería la estupefacción de Poe, al oír palabras tan positivas.

Dupin le dijo entonces que si la policía después de levantar los entarimados, abierto los cielo-rasos, sondear la obra de las paredes,

no podía explicarse la introducción y la fuga del asesino, él, procediendo de otra manera, sabía á qué atenerse tocante al asunto.

Efectivamente, escudriñando todos los rincones, y en especial la ventana de detrás que había *debido* dar paso al asesino, descubrió un resorte. Este resorte, mal sostenido por un clavo corroído por el orín, había podido cerrarse por sí sólo, y retener cerrada la puerta de la ventana, después de haber sido empujada desde fuera por el pie del fugitivo, empuje que de rechazo podía haber hecho jugar el resorte.

Cerca de esta ventana pasaba la larga cadena de un pararrayos, y Dupin no dudaba que esta cadena hubiese servido de ruta aérea al asesino.

Mas todo eso era muy poca cosa; porque del camino tomado por el criminal, tanto después del crimen como antes, no podía venirse en conocimiento de quién fuese el malvado.

Por ello, fijándose Dupin en este punto, se lanza en pos de una deducción curiosa y referente á un orden de ideas muy distinto, no preguntándose cómo han pasado las cosas, sino en qué se distinguen de todo lo que ha sucedido hasta entonces.

Además, el dinero intacto en la habitación, prueba que el robo no ha sido el móvil del crimen.

Entonces es cuando Dupin llama la atención de Poe sobre una particularidad no observada de las declaraciones de los testigos, y en la cual se revela por entero el genio del novelista norteamericano.

Los testigos que acudieron en el momento del crimen, habían observado dos voces bien distintas afirmando que una de ellas pertenecía á un francés: no había duda ninguna en este punto; pero en cuanto á la otra, decían que era una voz *aguda*; una voz *áspera ó bronca*, y había completo desacuerdo entre esos testigos pertenecientes á diversas naciones.

—«Esto, —dice Dupin,— constituye la *particularidad* de la evidencia. Cada testigo extranjero asegura que aquella voz no es de un compatriota suyo; la compara, no á la voz de un individuo cuya lengua le fuese familiar, sino cabalmente al contrario. El francés supone que era una voz de español, y *habría podido distinguir algunas palabras á estar familiarizado con la lengua española*. El holandés afirma que la voz era de un francés; pero constaba que el testigo por

no conocer el francés había sido interrogado por conducto de un intérprete. El inglés presume que era la voz de un alemán, y *no entiende la lengua alemana*. El español *está seguro* de que era la voz de un inglés, á juzgar tan sólo por la entonación, puesto que *él no tiene el menor conocimiento* de la lengua inglesa. El italiano cree en la voz de un ruso, si bien él no ha hablado jamás con persona natural de Rusia. Otro francés, *sin embargo*, difiere del otro, y *está cierto* de que la voz era de un italiano; pero no conociendo esta lengua, hace como el español, *deduce su certidumbre de la entonación*. Ahora bien, ¿tan insólita y extraña era aquella voz, que no permitía obtener acerca de ella más claros testimonios? Una voz, en cuyas entonaciones, ciudadanos de las cinco grandes partes de Europa, no han conocido nada que les fuese familiar... ¡es asombroso! Me dirá usted tal vez que acaso era la voz de un asiático ó la de un africano. Los africanos y asiáticos no abundan mucho en París; pero sin negar la posibilidad del caso, llamaré simplemente su atención sobre tres puntos. Un testigo describe la voz así: *más bien bronca que aguda*; otros dos hablan de la misma como de una voz *breve y brusca*. Esos testigos no han distinguido palabra alguna, ningún sonido *semejante á palabras*.»

Dupin continúa: recuerda á Poe los pormenores del crimen; la fuerza física que ha tenido que exigir, puesto que han sido arrancados de la cabeza de la anciana varios mechones de cabellos, y usted sabe «qué fuerza poderosa se necesita para arrancar de la cabeza veinte ó treinta cabellos solamente á la vez;» hace notar la agilidad necesaria para subir por la cadena del pararrayos; la ferocidad *bestial* que se ha desplegado en el asesinato, y lo *grotesco*, horrible, absolutamente extraño en la humanidad, y en fin, y sobre todo, «aquella voz y cuyo acento desconoce el oído de hombres de varias naciones, aquella voz desprovista de toda articulación distinta é inteligible.»

—«Pues bien, ¿qué se infiere para usted de todo eso? —pregunta entonces Dupin á su compañero— ¿Qué impresión ha causado en la imaginación de usted?»

Lo confieso, al llegar á este pasaje del libro, me sucedió, como al interlocutor de Dupin, que sentí un estremecimiento, un escalofrío correr por todo mi cuerpo.

Ya véis cómo se ha apoderado de vosotros el sorprendente

novelista. ¿Es dueño de vuestra imaginación? Os tiene sometidos á las palpitaciones de su relato? ¿Presentís quién sea el autor del crimen extraordinario?

En cuanto á mí, ya lo había adivinado todo entonces. Vosotros también lo habréis comprendido.

Terminaré, pues, brevemente, citándoos las pocas líneas que Dupin había hecho insertar la víspera en el periódico *Le Moncle*, diario consagrado á los intereses marítimos, y muy leído de los marinos:

AVISO.

«Se ha encontrado en el bosque de Boloña, á primera hora de la mañana del... corriente, (era la mañana del asesinato) un enorme orangután, salvaje, de la especie de Borneo. Su propietario (que se sabe es un marino perteneciente á la tripulación de un buque maltés) puedo recobrar el animal, después de dar satisfactoriamente las señas, y reembolsar algunos gastos á la persona que lo ha cogido y guardado. Darán razón en la calle de... núm... arrabal de San Germán, piso tercero.»

Dupin había deducido la calidad de maltés de un cabo de cinta recogido al pie de la cadena del pararrayos, enlazado con un nudo particular á los marinos de Malta.

En cuanto al individuo, personalmente su voz y sus palabras lo designaban como francés, al decir de todos los testigos.

Seducido por el anuncio, que no denotaba ninguna conexión entre la fuga del orangután y el crimen, no tardaría en presentarse su amo dentro de poco.

Con efecto, se presentó; era un marino, «alto, robusto y vigoroso, con una expresión de audacia de todos los demonios.» Después de algunas vacilaciones, lo confesó todo.

El mono se había escapado de su casa arrancándole la navaja de afeitar en el momento en que él iba á rasurarse. Aterrado el marino había corrido en pos del animal, que tras una carrera fantástica llegó á la calle de Morgue, encontró la cadena del pararrayos, y se encaramó con la ligereza propia de un mono.

Su amo le seguía de cerca: el animal, encontró una ventana abierta, se precipitó por ella y entró en la habitación de las desgraciadas señoras.

Lo demás ya lo sabemos: el marino asistió al drama sin poderse

oponer, llamando y gritando; luego, perdiendo la cabeza, huyó horrorizado, seguido por el animal, que cerrando la ventana de un puntapié, conforme queda dicho, se deslizó hasta la calle, y desapareció á su vez.

Hé aquí tan extraña historia y su verídica explicación. Se ven las maravillosas cualidades del autor puestas de relieve, y tienen tal aire de verdad, que á veces se figura uno estar leyendo un acta de acusación tomada per entero de la *Gaceta de los Tribunales*.

CAPÍTULO II.

La carta rolada. —Apuros y confusión de un Jefe de policía. — Medio de ganar siempre al juego de pares y nones. — Victoriano Sardou. —El *escarabajo de oro*. —El cráneo del muerto. —Asombrosa lectura de un documento indescifrable.

No debía Edgardo Poe abandonar ya el tipo curioso de Augusto Dupin, el hombre de las profundas deducciones. Volvemos á encontrarlo en la *Carta robada*.

Sencillísima es la historia: un ministro sustrajo á un personaje político una carta que comprometía á éste. El ministro D*** podía hacer mal uso de este documento, y era preciso quitárselo á toda costa.

El jefe director de policía es el encargado de tan delicada misión.

Se sabe que la carta continúa en poder del ministro D***, cuyo palacio han escudriñado durante su ausencia los agentes de policía, no dejando nada por remover, registrando cuarto por cuarto, sala por sala, examinando los muebles de cada aposento, abriendo todos los cajones. todos los *secretos*, sondeando los asientos y sillas con largas agujas, quitando la tapa de las mesas, desmontando las piezas de las camas, interrogando las mejores junturas, revolviendo los pliegues de las cortinas, las colgaduras, las alfombras, las tablillas de los espejos.

En fin, la totalidad de la superficie de la casa se dividió en compartimientos numerados; cada pulgada cuadrada fué pasada en revista por el microscopio, y la quincuagésima parte de línea no pudo escapar á este riguroso y detallado examen, ni en la casa del ministro ni en las adyacentes.

Para el caso en que el ministro D*** llevase consigo aquella carta comprometedora, el jefe de policía lo había hecho detener y

robar dos veces por fingidos ladrones.

Nada había podido saber de la carta.

Desalentado el jefe pasa á ver á Dupin, y le refiere el anómalo apuro en que se encuentra. Dupin le aconseja que continúe las pesquisas; mas al cabo de un mes vuelve el jefe de policía á visitar á Dupin manifestándole que tampoco ha sido afortunado.

—«De buena gana daría diez mil duros, —dice,— al que me sacara del atolladero.

—»En tal caso, —replicó Dupin abriendo un cajón y sacando un libro de pólizas,— puede usted extenderme un vale de esa cantidad. Cuando lo haya usted firmado le entregaré la carta.»

Y entregó el precioso documento al jefe de policía con gran asombro de este funcionario que salió á escape.

Una vez fuera este señor, Dupin manifiesta á Poe de qué manera se había apoderado de la carta; y para demostrarle que los medios que debían emplearse habían de variar según la persona con quien se trataba, le contó lo siguiente:

«Conocí yo á un niño de ocho años cuya infalibilidad en el juego de pares y nones causaba la admiración universal. Tenía un modo de adivinar que consistía en la mera observación, en la apreciación de la astucia de sus adversarios.

»Supongamos que su adversario era un solemne zopenco y que al levantar la mano le pregunta: ¿Pares ó nones?

»Nuestro chiquillo responde: nones, y ha perdido.

»Pero á la segunda vez gana, porque se ha dicho para su sayo: El tonto ha puesto pares la primera vez y toda su astucia no alcanza más que á poner nones á la segunda. Diré, pues, nones. —Dice nones, y gana.

»Pero con un adversario algo menos sencillo, raciocinará de esta manera: Este chico vé que he dicho nones, y al segundo juego se propondrá una simple variación de pares á nones como lo ha hecho el primer tonto; pero una segunda reflexión le advertirá que ese cambio es hartó sencillo, y finalmente se decidirá á poner pares como la primera vez. Por lo tanto, diré pares.

»Dice: pares, y gana.»

Partiendo de ese principio, Dupin comienza por enterarse del carácter del ministro D***, y sabe que es á la vez poeta y matemático.

«Como poeta y matemático, se dice, ha tenido que juzgar con exactitud: como simple matemático no habría razonado, y se habría entregado de pies y manos en poder del jefe de policía.»

Eso es muy profundo, estimados lectores; el matemático se habría ingeniado en inventar un escondrijo para *esconder* la carta; pero el poeta debía proceder de otra manera y atenerse á la sencillez: su imaginación le dice que se busca lo que está escondido; pero no se busca lo que no se esconde.

No cabe duda, hay objetos que escapan á la vista por el hecho mismo de su excesiva evidencia. Por esto sucede que en los mapas las palabras de caracteres grandes que van de una á otra parte del plano, son mucho menos leídos que los nombres escritos en caracteres finos y casi imperceptibles.

D***, pues, imaginación vivísima y razonadora, debía pretender desorientar á los agentes de policía por la sencillez misma de sus combinaciones.

Así lo comprendió Dupin; conocía á D***, tenía un facsímil de la carta en cuestión; pasó al palacio del ministro, y lo primero que vió en su despacho fué aquella inhallable carta puesta perfectamente en evidencia.

Había comprendido el poeta que el mejor medio de sustraerla á todos los registros era no ocultarla.

Dupin se apoderó fácilmente de la carta, sustituyéndola con el facsímil, y estaba jugada la partida.

Allí donde se habían estrellado los buscadores de oficio, un mero razonador había vencido y sin gran trabajo.

Graciosa y llena de interés es esa novelita, de la cual Victoriano Sardou ha sacado una comedia deliciosa, *Las patas de mosca*, que tuvo extraordinario éxito en el teatro del Gimnasio.

Llego al *Escarabajo de oro*, y aquí el héroe de Edgardo Poe va á darnos pruebas de una sagacidad poco común.

Me veo precisado á citar un largo pasaje de esta novela; pero no os quejaréis, lectores míos, y aun os prometo que lo volveréis á leer más de una vez.

Poe había trabado íntima amistad con un tal Guillermo Legrand, que arruinado tras una série de desgracias, salió de Nueva Orleans y fué á establecerse en la Carolina del Sud, cerca de Charleston, en la isla de Sullivan, compuesta únicamente de tres millas de arena de

mar, ancha de un cuarto de milla.

Tenía Legrand un carácter misántropo, sometido á frecuentes alternativas de entusiasmo y melancolía.

Se le tenía por una cabeza algo desordenada, y sus padres le habían puesto á sus órdenes un viejo negro que respondía al nombre de Júpiter.

Cómo veis, ese Legrand, ese amigo de Poe, será también un carácter excepcional, un temperamento archinervioso, sobrescitable y sujeto á crisis interminentes.

Fué á visitarle Poe cierto día y lo encontró entregado á un contento imposible de explicar.

Legrand coleccionaba conchas y ejemplares antomológicos, y había descubierto un escarabajo de una especie *extraña*.

¡Ah! esperabais esta palabra, ¿no es verdad?

Legrand no tenía á la sazón el animal en su poder; lo había prestado á un amigo suyo, el teniente G*** que residía en el fuerte Moultrie.

Júpiter declaraba no haber visto en toda su vida un escarabajo semejante, que era de color brillante de oro y de peso considerable.

El negro no dudaba que aquel insecto fuese de oro macizo; lo creía á pies juntillas.

Quiso Legrand dar á su amigo un dibujo del animal, buscó un pedazo de papel, y no hallándole, sacó de su faltriquera un trozo de vitela viejo, muy súcio, en el cual se puso á dibujar el insecto.

Pero, cosa extraña, al acabar, y pasar el pergamino á manos de Poe, éste vió pintado en él, no un escarabajo, sino un cráneo humano distintamente trazado, lo cual hizo notar á su amigo.

Guillermo no quiso ver lo mismo; pero á la vuelta de una ligera discusión no pudo menos de confesar que su pluma había dibujado un cráneo perfectamente marcado. Tiró el papel de muy mal humor; luégo lo cogió del suelo, volvió á mirarlo reflexivamente, y por último lo encerró en su pupitre.

Hablaron ambos amigos de otra cosa, y Poe. se retiró sin que Legrand hiciera ningún esfuerzo para retenerlo algo más en su compañía.

Un mes después recibió Poe la visita del negro, que muy receloso é inquieto, le habló del estado enfermizo de su amo, que se había puesto taciturno, pálido, débil, y atribuía tal cambio al

incidente de que el escarabajo habría mordido á Guillermo.

Desde aquel tiempo todas las noches *soñaba oro*.

Júpiter llevaba además una carta de su amo, en la cual rogaba á Poe que fuese á verle.

«*Venga usted, venga*, —decía.— Deseo verle esta noche para un asunto importantísimo. Le aseguro que *es de la mayor importancia*.»

Considerad cómo va empeñándose la acción y de qué interés tan *singular* debe ser esta historia. Un monomaniaco que *sueña oro* por haberle mordido un escarabajo.

Poe acompañó al negro hasta su lancha, en la que se encontraban una guadaña y tres zapas, que Júpiter compró por orden de Guillermo.

Esta adquisición le maravilló.

Llegaron á la isla á las tres de la tarde próximamente.

Legrand aguardaba á su amigo con febril impaciencia, y le estrechó la mano con nerviosa excitación. «Su rostro estaba pálido, de un pálido espectral, cadavérico, y sus ojos, naturalmente muy hundidos, brillaban con sobrenatural fulgor.»

Poe le pidió noticias del escarabajo de oro, y Guillermo le contestó que aquel escarabajo estaba destinado á producir su fortuna, y que haciendo de él un uso conveniente, llegaría hasta el oro, del cual el insecto *era el índice*.

Así diciendo le enseñó un insecto muy notable que hasta entonces no habían conocido los naturalistas; tenía en un extremo del dorso dos manchas negras y redondas, y en el otro una mancha de forma oblonga. Sus élitros eran excesivamente duros y relucientes, y tenían sin disputa el aspecto de oro ennegrecido.

—«Le he hecho venir, —dijo Guillermo á Poe,— para pedirle consejo y ayuda en el cumplimiento de las miras del destino y del escarabajo.»

Poe interrumpió á Guillermo, y le tomó el pulso; mas no le encontró el menor síntoma de calentura. Quiso, sin embargo, desviar el curso de sus ideas; pero Guillermo manifestó su intento formal de emprender aquella misma noche una excursión, en la que el escarabajo debía representar un gran papel.

No tuvo más remedio Poe que seguirle con Júpiter.

Marcharon los tres; cruzaron el canal que separaba la isla de la tierra firme, y la pequeña compañía, después de pasar las tierras

montañosas de la costa, avanzó por un terreno horriblemente agreste y desolado.

Al ponerse el sol entraban los tres en una región siniestra, cortada por hondos barrancos.

En una estrecha plataforma se elevaba un tulípero silvestre en medio de ocho ó diez robles.

Guillermo mandó á Júpiter que se encaramase al árbol, llevándose el escarabajo atado al extremo de un largo bramante.

A pesar de su repugnancia y gracias á las violentas amenazas de su amo, Júpiter obedeció, llegando pronto á la principal ramificación del árbol, á setenta piés del suelo.

Entonces Guillermo le mandó seguir la rama más gruesa.

Pronto desapareció Júpiter por entre el follaje; y cuando pasó siete ramas, su amo le dijo que avanzara por la séptima tan arriba ó lejos como pudiera, y le manifestase si veía algo singular.

A vueltas con sus vacilaciones y dudas, pues la rama le parecía podrida, y halagado con la promesa de un durejo en plata, el negro se encaramó hasta el extremo de la rama.

—«Oh, oh! —exclamó.— Jesús y María!... piedad de mí. ¿Qué hay en este árbol?

—»Bien, di que hay! —gritó Legrand en el colmo de la alegría febril.»

Júpiter se encontraba en presencia de un cráneo humano, sujeto con un grueso clavo, y descarnado por el pico de los cuervos.

Guillermo le mandó pasar por el ojo izquierdo del cráneo el bramante que ligaba el escarabajo, haciéndole bajar á éste aplomado hasta tierra.

Obedeció el negro, y pronto el insecto se balanceó á pocas pulgadas del suelo.

Guillermo despejó el terreno; hizo llegar el escarabajo hasta tierra, y clavó un jaloncito de madera exactamente en el punto que tocó el insecto.

Sacando en seguida una cinta de su faltriquera, la clavó por un cabo al punto del árbol más próximo del jalón, la desenvolvió en la extensión de cincuenta pies, siguiendo la dirección marcada por el punto del árbol y el jaloncito.

Entonces clavó otro jalón al extremo de la cinta; hizo de él el centro de un círculo de cuatro pies de diámetro, y ayudado por Poe

y Júpiter, socavó ardorosamente el suelo.

Dos horas hacía que duraba aquel ansioso trabajo y no se encontraba el menor indicio de tesoro.

Legrand estaba desconcertado.

Sin decir palabra, Júpiter reunió los útiles, y aquellos tres hombres volvían á tomar el camino del Este ó del mar.

Pero apenas habían andado una docena de pasos, cuando Legrand se precipitó sobre Júpiter.

—«¡Malvado! —gritó haciendo silbar las sílabas entre sus dientes...— ¿Dónde tienes tú el ojo izquierdo!...»

El pobre negro señaló con la mano su ojo derecho.

—«¡Lo sospechaba! —exclamó Guillermo...— ¡Ea, aprisa! ¡es preciso volver á comenzar!»

Efectivamente, el negro se había equivocado: había hecho pasar el bramante del escarabajo por el ojo derecho en lugar del izquierdo.

No hubo más remedio que comenzar la prueba otra vez; el primer jalón tuvo que clavarse varias pulgadas más al Oeste, y la cinta desarrollada marcó un nuevo punto, separado algunas varas, del sitio cavado anteriormente.

Volvióse á trabajar con afán, y pronto aparecieron restos de esqueleto, botones de metal, diferentes monedas de plata y oro, y por último, un cofre de madera de forma oblonga, reforzado con planchas de hierro forjado. La tapa estaba cerrada con dos cerrojos, que Legrand, *con indescriptible ansiedad*, descorrió rápidamente.

Lleno de incalculables tesoros estaba el cofre: 450,000 duros en moneda francesa, española, alemana é inglesa; 110 diamantes; 18 rubíes; 310 esmeraldas; 21 zafiros y 1 ópalo; una enorme cantidad de ornamentos de oro macizo, sortijas, pendientes, cadenas, 85 crucifijos de oro, 5 incensarios, 197 magníficos relojes, en fin, un valor de millón y medio de duros.

Todas aquellas riquezas se fueron trasportando poco á poco á la cabaña de Legrand.

Poe moría de impaciencia por saber cómo su amigo había venido en conocimiento de aquel tesoro, y Guillermo se apresuró á referírselo.

El precedente relato no puede dar al lector más que una idea imperfecta del genio del novelista. Yo no he podido pintaros la

excitación enfermiza de Guillermo durante aquella noche; el descubrimiento de este tesoro es poco más ó menos como todos los descubrimientos de este género que hayáis podido leer: fuera del espectáculo del escarabajo y del cráneo, nada ofrece de nuevo.

Pero llegamos ahora á la parte pintoresca y singular de la novela, emprendiendo la serie de deducciones que condujeron á Guillermo al descubrimiento del tesoro.

Comenzó por recordar á su amigo aquel tosco diseño del escarabajo trazado en su primera visita, y que resultó representar un cráneo humano.

El dibujo estaba trazado en un pedazo de pergamino muy delgado.

Véase ahora de qué manera y en qué circunstancias había Guillermo recogido aquel pergamino... en la punta de la isla cerca de los restos de una barca naufragada, encontró el día mismo en que descubrió el extraño escarabajo, el pergamino con que envolvió el insecto, como lo hubiera hecho con un pedazo cualquiera, sin mirarlo.

Los despojos de aquella catástrofe excitaron su atención, y recordó que el cráneo era el conocido emblema de los piratas.

Tenía ya dos eslabones de una cadena.

Pero si este cráneo no existía en el pergamino en el momento en que Guillermo dibujó el escarabajo, ¿cómo se encontraba después al entregar el papel ó vitela á Poe?

En el momento en que éste iba á examinarlo, el perro de Guillermo se echó jugando sobre Poe.

Este al separarlo con la mano, acercó al fuego el pergamino, y el calor de la llama, á consecuencia de una preparación química, hizo renacer el dibujo del cráneo hasta entonces invisible.

Habiendo marchado su amigo, Guillermo examinó otra vez el pergamino, lo sometió á la acción del calor, y vió aparecer en un ángulo diagonalmente opuesto al que tenía trazado el cráneo, una figura que representaba un cabrito.

¿Qué relación existe entre piratas y cabrito?

Vamos á verlo.

Hubo en otro tiempo cierto capitán Kidd⁽²⁾ (*kid* en inglés significa cabrito) que dió mucho que hablar.

¿Por qué no podía ser aquella figura su forma logográfica, y el

cráneo humano llenar las veces de sello ó estampilla?

Guillermo, pues, se sintió inducido á buscar el texto de una carta entre el membrete y la firma. Pero el texto parecía faltar completamente.

Mientras tal examen practicaba se le agolpaban á la memoria las historias y arriesgadas empresas de Kidd; recordaba que el capitán y sus compañeros habían enterrado, al decir de mucha gente, enormes sumas procedentes de la piratería, en algún puerto de la costa del Atlántico.

Debía existir, de consiguiente, el tesoro todavía en su depósito; porque de no ser así, los rumores actuales no habrían tenido fundamento.

A la postre de todas esas consideraciones, Guillermo adquiere la convicción de que aquel pedazo de pergamino contenía la indicación del lugar de este depósito.

Limpió la vitela de todo polvo y materia mugrienta con el mayor cuidado; luégo la colocó en una cacerola, y puso la cacerola sobre ascuas encendidas.

Al cabo de unos minutos comenzó á ver que el pedazo de vitela se salpicaba en varios puntos con signos que parecían guarismos trazados en líneas.

Volvió á calentarla con febril afán, y pronto vió salir caracteres toscamente trazados en color rojo.

Una vez hubo referido todo eso á Poe, Guillermo le entregó el pergamino que contenía los siguientes renglones:

53‡‡‡305))6 × ;4826)4‡.)4‡);806 × ;48‡8¶60))85;1‡(:‡ × 8‡83(88)5 × ‡;
– 4)8¶8 × ;4069285);)6‡8)4‡‡;1(‡9;48081;8:8‡1;48‡85;4)485‡528806 ×
(88;4(‡?34;48)4‡;161::188;‡?;

Al ver Poe esta serie de guarismos, signos, puntos, puntos y comas y paréntesis, manifestó que nada había comprendido.

Vosotros, lectores míos, habríais contestado lo mismo que él.

Pues bien: el novelista vá á desenredar ese caos con lógica admirable. Seguidle, porque en ello estriba la parte más ingeniosa de la novela.

La primera cuestión que importaba evacuar era la de conocer *la lengua* de la cifra; pero aquí el juego de palabras sobre *Kidd* indicaba suficientemente la lengua inglesa, puesto que no es posible más que en aquella lengua.

Cedo ahora la palabra á Guillermo Legrand.

—«Habr  usted observado, —dice   Poe,— que no hay espacios entre las palabras; si los hubiese habido la tarea habría sido muchísimo más fácil. Porque en tal caso habría comenzado por hacer un cotejo y análisis de las palabras más cortas, y si hubiese hallado, como siempre es probable, una palabra de una sola letra como * *   bien *I* en inglés (*uno, yo*), habría considerado segura y pronta la solución del problema; pero no habiendo tales espacios, mi primer deber consistía en escojer las letras   signos predominantes, así como las que se encontraban más rara vez.

»Las contó todas y formó la siguiente tabla:

»El signo 8 se halla 33 veces.

»El signo ; se halla 26 veces.

»El signo 4 se halla 19 veces.

»Los signos ‡ y) se hallan 16 veces.

»El signo ó se halla 13 veces.

»El signo 5 se halla 12 veces.

»El signo 6 se halla 11 veces.

»El signo (se halla 10 veces.

»Los signos † y 1 se hallan 8 veces.

»El signo 0 se halla 6 veces.

»Los signos 9 y 2 se hallan 5 veces.

»Los signos : y 3 se hallan 4 veces.

»El signo ? se halla 3 veces.

»El signo ¶ se halla 2 veces.

»Los signos – y . se hallan 1 vez.

»Ahora bien, la letra que en inglés se encuentra más   menudo es la *e*, y las otras letras se suceden en este orden: *a o i d h n r s t u y c f g l m w b k p q x z*.

»La *E* predomina de tal manera que es muy raro encontrar una frase de cierta longitud en que no sea el carácter principal.

»Tenemos, de consiguiente, para comenzar, una base de operaciones que nos suministra algo mejor que una conjetura.

»Puesto que nuestro carácter dominante es 8, empezaremos por tomarlo por la *e* del alfabeto natural.

»Para verificar tal suposición, veamos si el 8 se encuentra alguna vez duplicado, pues la *e* se dobla muy frecuentemente en inglés, como por ejemplo, en las palabras *meed, fled, speed, seen, been,*

agree, etcétera.

»Pues bien, en el caso presente vemos que está duplicada cinco veces, á pesar de ser muy corto el criptograma que estudiamos.

»Como hemos dicho, 8 representará la *e*.

»La palabra más usual de la lengua inglesa es el artículo invariable *the*, (que significa *el, la, los, las*.)

»De consiguiente tenemos que ver si encontramos varias veces repetida la misma combinación de tres signos en que el 8 sea el último de los tres; y si encontramos repeticiones de tal género, representarán probablemente el artículo *the*.

»Hecha esta verificación la encontramos 7 veces y los caracteres ó signos son ;48.

»Luego podemos suponer que ; representa *t*, que 4 representa *h*, y que 8 representa *e*.

»Hallándose así más confirmado el valor del último signo, hemos dado un gran paso.

»Verdad es que no hemos determinado mas que una palabra; pero esta sólo palabra nos permite fijar un punto mucho más importante de lo que á primera vista parece; pues de ahí sacamos el principio ó la terminación de otras palabras.

»Examinemos, por ejemplo, el penúltimo caso en que se presenta la combinación ;48 casi al final del criptograma. Sabemos que el ; que sigue inmediatamente después es el principio de una palabra, y que de los seis caracteres que siguen á este *the* conocemos á lo menos cinco.

»Reemplacemos, pues, los cinco caracteres por las letras que creemos representan, dejando un espacio para el signo desconocido y tendremos:

t eeh

»Debemos ante todo eliminar el *th*, porque no puede formar parte de la palabra que comienza por la primera *t*; toda vez que probando sucesivamente con todas las letras del alfabeto para llenar el hueco, es imposible formar una palabra de la que forma parte esa *th*.

»Reduzcamos, pues, los seis caracteres á

t ee

y repasando de nuevo todo el alfabeto si es menester, llegamos al resultado de la palabra *tree* (*árbol*), como única versión posible y

probable.

»Así hemos ganado otra letra, la *r* en vez del signo (, que le representa, luégo dos palabras juntas conocidas: *the tree* (el árbol.)

»Un poco más lejos encontramos la combinación ;48 y nos servimos de ella como determinación á lo que precede inmediatamente.

»Eso nos dá el siguiente arreglo:

the tree ;4(‡?34 *the*

ó sustituyendo las letras naturales á los signos que conocemos nos dá

the tree thr‡?3h the

»Y ahora si á los caracteres desconocidos sustituimos asteriscos ó blancos tendremos:

the tree thr h the

y la palabra *through* (por ó bien á través) se destaca por sí misma, si así vale decirlo; mas este descubrimiento nos proporciona tres letras más *o u g*, representadas por ‡?3.

»Busquemos ahora con atención en el criptograma combinaciones de signos conocidos, y encontraremos no lejos del principio el arreglo siguiente:

†83(88 ó sea †egree

que evidentemente es la terminación de la palabra *degree* (grado), lo cual nos dá otra letra la *d* representada por †.

»Cuatro letras después de la palabra, *degree* encontramos la combinación

;46(;88

de la cual traducimos los caracteres conocidos, representan los por conocer con un _ y nos dá

th_rtee_

arreglo que nos sugiere inmediatamente la palabra *thirteen* (trece) y nos facilita dos letras nuevas *i n* representadas por 6 y ×

»Remontándonos, pues, al principio del criptograma, hallaremos la combinación

53‡‡†

que traduciéndola por el estilo de las anteriores obtendremos

good

lo cual nos demuestra que la primera letra es una *a* y que las dos primeras palabras son *a good* (un buen ó una buena.)

»Sería tiempo ya, para evitar confusiones, que dispusiéramos en forma de tabla todos los descubrimientos que hemos hecho, y ello nos dará un principio de la clave.

5 » a

† » d

8 » e

3 » g

4 » h

6 » i

× » n

‡ » o

(» r

; » t

»De esta suerte tenemos ya nada menos que diez de las letras más importantes, y considero inútil que prosigamos la solución á través de tantos pormenores.

»No me falta más que dar á usted la traducción completa del documento, como si hubiésemos descifrado sucesivamente todos sus signos.

»Hé aquí, pues, la traducción en inglés:

«A good glass in the bisop's hostel in the devil's seat forty-one degrees and thirteen minutes northeast and by north main branch seventh limb east side shoot from the left eye of the death's-head a bee line from the trough the shot fifty feet out.»

»Lo cual significa:

»Un buen cristal en el palacio del Obispo en la silla del demonio cuarenta y un grados y trece minutos noroeste cuarto de norte principal brazo séptimo rama lado este soltad del ojo izquierdo del cráneo humano una línea de aplomo otra del tronco pasando por la plomada hasta cincuenta piés de largo.»

Tal era el criptograma descifrado, y aseguro á mis lectores que si efectuaran los cálculos del novelista comprobarían su exactitud.

Pero ¿qué significa esa gerigonza, se dirá, y cómo pudo comprenderla Guillermo Legrand?

Primero procuró puntuar el documento, pues el que lo había escrito, había ideado agrupar las palabras sin hacer ninguna división; pero no siendo muy hábil, había estrechado los caracteres en los parajes que reclamaban una interrupción ó aparte.

Notad bien esa reflexión porque revela un profundo conocimiento de la naturaleza humana.

De este modo el manuscrito presentaba cinco divisiones que daban:

«Un buen cristal en el palacio del Obispo en la silla del demonio

»Cuarenta y un grados y trece minutos noroeste cuarto de norte

»Principal brazo séptima rama lado este

»Soltad del ojo izquierdo del cráneo humano una línea de aplomo

»Otra del tronco pasando por la plomada hasta cincuenta piés de largo.»

Ved ahora lo que Legrand dedujo con suprema sagacidad después de repetidas investigaciones.

Descubrió primero á cuatro millas al norte de la isla un vetusto edificio que se denominaba *el palacio del Obispo*. Alzábase allí un conjunto de picos y peñascos, algunos de los cuales presentaban en la cumbre una cavidad llamada la *Silla del Demonio*.

Los demás se comprendían fácilmente: el *buen cristal* significaba un catalejo, que apuntándolo en la dirección de 41° 13' *noroeste cuarto de norte* dejaba ver un árbol elevado en cuyo ramaje, brillaba un punto blanco, el cráneo humano.

Resuelto estaba el enigma.

Guillermo había ido al árbol, examinado *el brazo ó principal rama que salía de la horcadura del árbol y la séptima rama del lado del este*; comprendió que era menester tirar una plomada con *una bala que pasase por el ojo izquierdo del cráneo* y que una línea recta dirigida del tronco *del árbol por la bala del aplomo* hasta la distancia de *cincuenta piés de largo*, le indicaría el punto preciso en que se encontraba escondido el tesoro.

Obedeciendo á su espíritu ó natural fantástico, y queriendo sobrecojer un poco á su amigo, reemplazó la bala con el escarabajo de oro, y se hizo rico de más de un millón de duros.

Tal es esa novela original, curiosa, sorprendente, que despierta el interés por medios desconocidos hasta entonces, llena de observaciones y consecuencias dignas de la lógica más estricta, y que por sí sóla habría bastado para hacer ilustre el nombre del novelista norte-americano.

A mi ver es la más notable de todas sus historias extraordinarias

y aquella en que se revela en más alto grado el género literario
apellidado ahora *género de Poe*.

CAPÍTULO III.

El Chasco del Globo. —Aventuras de un tal Hans Pfaall. —Manuscrito encontrado en una botella. —Bajar al Maelstrom. —La verdad sobre el caso del señor Valdemar. —El gato negro. —El hombre de las muchedumbres. —La caída de la casa Usher. —La semana de los tres domingos.

Llegamos ahora al *Chasco del Globo*.

En pocas líneas os diré que se trata de una travesía del Atlántico, hecha en tres días por ocho personas.

Apareció por vez primera el relato de este viaje en el *New York Sun*, siendo muchos los que lo creyeron efectuado sin siquiera haberlo leído; los medios mecánicos indicados por Poe, el tornillo de Arquímedes que sirve de propulsor, y el gobernable son de todo punto insuficientes para dirigir un globo aereostático.

Salieron de Inglaterra los aereonautas con la intención de dirigirse á París; pero se vieron arrastrados al Nuevo continente hasta la isla Sulliván, elevándose durante la travesía á 25,000 piés.

La novela es corta y reproduce los incidentes del viaje con más extrañeza que verosimilitud.

Debo ante todo apresurarme á deciros que en ella conculca Poe intrépidamente las leyes más elementales de física y mecánica, cosa que me asombra en gran manera tratándose de Poe, que por medio de algunas ficciones, fundados en principios científicos, habría podido hacer más verosímil su relato.

Mas como al fin y al cabo se trata de un viaje á la luna, no hay que mostrarse meticuloso sobre los medios de transporte.

Ese Hans Pfaall era un criminal insensato, una especie de asesino soñador, que para no pagar sus deudas, resolvió marcharse á la luna.

Cierta mañana salió de Rotterdam, después de tomar la sana

precaución de hacer volar á todos sus acreedores por medio de una mina cargada y dispuesta al efecto.

Debo decir ahora cómo llevó á cabo el caballero Pfaall este viaje imposible.

Para las necesidades de su vida hinchó su globo de un gas inventado por él, y que era el resultado de la combinación *de cierta sustancia metálica ó semimetálica*, de un ácido muy común.

Dicho gas es una de las partes constitutivas del ázoe considerado hasta entonces como irreductible, y su densidad es treinta y siete veces menor que el hidrógeno.

Hétenos ahí, pues, físicamente hablando, en el dominio de la fantasía pura; mas no acaba aquí todo.

Sabéis que la presión del aire es la que hace subir un aereostato.

Llegado á los límites superiores de la atmósfera, á unas seis mil toesas próximamente, un globo que á tal altura pudiese subir, se pararía de repente, y ninguna fuerza humana podría hacerlo elevar más.

Pero Pfaall, ó por mejor decir, Poe mismo, entra aquí en extrañas discusiones, para probar que más arriba de las capas de aire existe una atmósfera etérea.

Tales discusiones se hacen con un desenfado y calma dignos de la verdad, aduciendo los argumentos de principios más ó menos falsos con el rigor más ilógico.

En suma, el autor llega á sacar; en consecuencia la probabilidad de «que en ningún período de su ascensión llegaría á un punto en que el peso reunido de su inmenso globo, del gas imponderablemente raro que encerraba, de la barquilla y su contenido, pudiesen igualar el de la atmósfera ambiente desalojada.»

Véase, pues, el punto de partida; y no es esto todo; porque efectivamente no basta subir y subir tan solo, es forzoso respirar.

Para ello lleva Pfaall cierto aparato destinado á condensar la atmósfera respirable, por rara que sea, en suficiente cantidad para las necesidades de la respiración.

De consiguiente, tenemos que será preciso condensar un aire para alimentar los pulmones, que, sin embargo, en su estado natural, será bastante denso para elevar el globo.

Comprendemos desde luego la contradicción de estos asertos, y

no insistiré más en ello.

Por otra parte admitido ya el punto de partida, el viaje de Pfaall es maravilloso, lleno de observaciones inesperadas, cuajado de reflexiones singulares.

Arrastra consigo el aereonauta á su lector elevándolo por las altas regiones del aire; atraviesa velozmente una nube borrascosa: á una altura de nueve millas y media le parece que sus ojos, que la presión atmosférica no mantiene ya, saltan fuera de sus órbitas, y que los objetos contenidos en la barquilla se presentan bajo una forma monstruosa y falsa.

Sigue elevándose y elevándose; le dá espasmo; se vé precisado á darse una sangría con su cortaplumas, lo cual le procura un alivio inmediato.

«A unas diez y siete millas de elevación, —dice Pfaall,— era verdaderamente magnífico el aspecto de la tierra. Al oeste, al norte, al sud y á tan larga distancia como podía alcanzar mi vista se extendía una llanura, ilimitada de mar, en apariencia inmóvil, que á cada segundo tomaba un matiz azul más oscuro.

»A una inmensa distancia hacia el este se destacaban muy distintamente las islas Británicas, las costas occidentales de Francia y España, así como una pequeña porción de la parte septentrional del continente africano.

»Imposible era descubrir el menor vestigio de edificios particulares, y las ciudades más orgullosas de la humanidad habían desaparecido absolutamente de la faz de la tierra.»

Pronto alcanza Pfaall una altura de 25 millas y su mirada no abarcaba menos de la tricentésima vigésima parte de la superficie de la tierra.

Instala entonces su aparato de condensación: se encierra él y su barquilla toda en un verdadero saco de cauchuc, en donde condensa la atmósfera, é inventa un aparato ingenioso, por medio del cual le caen en la cara unas gotas de agua que lo despierta á cada hora á fin de renovar el aire viciado en aquel angosto espacio.

Desde allí traza el diario de su viaje.

Había salido el 1.º de Abril, y el 6 se encuentra encima del polo, cuyos inmensos aludes y témpanos de hielo contempla, viendo ensancharse sensiblemente su horizonte á causa del aplanamiento de la tierra en dicho punto.

El 7 calcula su elevación en 7,254 millas, teniendo á la vista la totalidad del mayor diámetro terrestre, con el ecuador por horizonte.

Comienza de allí en adelante á menguar su planeta natal día por día; mas no puede ver la luna que se halla casi en su zénit y que el globo le oculta.

Le sumerge en grande estupor un ruido espantoso que oye el 15, suponiendo que se ha cruzado en su marcha con un inmenso aerolito.

Al mirar, el 17 bajo sus pies, se siente poseído de un terror incomparable, porque el diámetro de la tierra le parece haber aumentado súbitamente en inmensa proporción.

¿Ha reventado su globo? ¿cala con la más impetuosa, con la más imponderable celeridad?

Dobláronse las rodillas, los dientes le castañeteaban, se le erizaba el cabello...

Por fortuna la reflexión salió en su auxilio, y júzguese de su alegría cuando comprendió que aquel globo que se ostentaba bajo sus pies y hacia el cual bajaba rápidamente, era la luna en toda su gloria.

Durante las horas que había dormido aquella noche se invirtió de arriba abajo la masa del globo aereostático, y entonces bajaba hacia el brillante satélite cuyas montañas proyectaban en todos sentidos masas volcánicas.

Contra todos los descubrimientos modernos que prueban la carencia completa de atmósfera alrededor de la luna, el 19 de Abril observó Pfaall que el aire ambiente, es decir, respirable, iba siendo cada vez más denso.

Por lo tanto el trabajo de su condensador disminuía notablemente, hasta que, por fin, pudo salir de su cárcel de cauchuc.

No tardó en comprobar que caía con espantosa velocidad; arrojó sin demora el lastre y todos los objetos que había en la barquilla, y por último, «cayó como una bomba en el corazón mismo de una ciudad de aspecto fantástico, y en medio de una muchedumbre de gentecilla pequeña, ninguno de cuyos individuos profirió una sílaba, ni se tomó la menor molestia, ni se hizo el menor daño por prestarle auxilio.»

Diecinueve días había durado el viaje, habiendo Pfaall recorrido la distancia aproximada de 231,920 millas.

Al mirar la tierra, la vió bajo la forma de un vasto y oscuro escudo de bronce del diámetro de unos dos grados, fija é inmóvil en el espacio y engalanado uno de sus bordes con una media luna de oro resplandeciente. No podía distinguirse en ella indicio alguno de continentes ni mares, y el todo estaba salpicado de manchas variables, y atravesado por las zonas tropicales y ecuatorial á guisa de fajas ó cinturones.»

Así terminan las extrañas aventuras de Hans Pfaall.

¿Cómo llegó este relato á manos del alcalde de Rotterdam, Mynheer Superbus von Underduck?

Por un habitante de la luna, ni más ni menos: por un mensajero de Hans que deseaba ir á la tierra, y al que otorgó tal merced con la condición de comprometerse á comunicar á los terrestres sus curiosas observaciones sobre el nuevo planeta, «sobre sus sorprendentes alternativas de calor y frío, sobre aquella claridad solar que dura quince días implacable y abrasadora, y sobre aquella temperatura glacial más que polar, que la sustituye durante la otra quincena; sobre la traslación constante de humedad que se opera por destilación como en el vacío, del punto situado encima del sol hasta el punto más distante de aquél; también sobre la raza de los habitantes, sobre sus costumbres, usos, trajes, instituciones políticas; sobre su organismo particular, su fealdad, *su falta de orejas, apéndices supérfluos en una atmósfera tan extraordinariamente modificada*; de consiguiente, sobre su ignorancia del uso y propiedades del lenguaje; *sobre el singular método de comunicación que reemplaza á la palabra; sobre la incomprensible relación que existe entre cada habitante de la luna y otro ciudadano del globo terrestre*, relación análoga y sometida á la que rige igualmente los movimientos del planeta y del satélite, y á consecuencia del cual *las existencias y destinos de los habitantes del uno, están enlazados con las existencias y los destinos de los habitantes del otro*, y especialmente sobre los terribles y sombríos misterios relegados á las regiones del otro hemisferio lunar, regiones que merced á la concordancia casi milagrosa de la rotación del satélite sobre su eje con su revolución alrededor de la tierra, no han girado jamás hacia nosotros y, á Dios gracias, nunca se expondrán á la curiosidad del telescopio humano.»

Reflexionad bien todo eso, caros lectores, y comprenderéis las magníficas páginas que Edgardo Poe habría podido escribir sobre hechos y cosas tan extrañas.

Pero prefirió detenerse allí, y aún terminó su novela probando que no podía ser mas que una *fábula*.

Por lo tanto echa de menos y siente que no se haya escrito, como lo sentimos nosotros, la historia etnográfica, física y moral de la luna.

Hasta que otro autor más inspirado ó más audaz emprenda tal trabajo, fuerza es renunciar á conocer la organización especial de los habitantes lunares, la manera como se comunican entre sí, careciendo de la palabra, y sobre todo, la correlación que existe entre nosotros y los coexistentes de nuestro satélite.

Presumo que esos señores vista la situación inferior de su planeta, serían á lo sumo buenos para criados nuestros.

He dicho que Edgardo Poe había sacado efectos varios de su imaginación fantástica, y voy á indicaros rápidamente los principales, citando otras novelas suyas tales como el *Manuscrito encontrado en una botella*, relato fantástico de un naufragio, á cuyos náufragos recoge un buque imposible, dirigido por fantasmas; *Bajada al Maelstrom*, excursión vertiginosa de unos pescadores de Lofoden; *La Verdad sobre el caso del señor Valdemar*, relato en que se suspende la muerte de un moribundo por medio del sueño magnético; *El Gato negro*, historia de un asesino cuyo crimen descubre aquel animal por haberlo enterrado torpemente con la víctima; *El Hombre de las muchedumbres*, personaje escepcional que solo vive entre las muchedumbres, y á quien Poe, sorprendido, impresionado, cautivado á pesar suyo, sigue por Londres desde la mañana á través de la lluvia y de la neblina, por las calles atestadas de gentío, por los tumultuosos bazares, por entre los grupos de alborotadores, por los barrios apartados donde se agolpan los borrachos, donde quiera que hay muchedumbre, su elemento natural; y por último *La Caída de la casa Usher*, aventura horrible de una jóven á la cual se cree muerta, tanto, que la entierran, y que vuelve á aparecer.

Terminaré esta nomenclatura citando la novela titulada: *la Semana de los tres domingos*.

Esta es de género menos triste, aun que extraordinario ó

extravagante.

¿Cómo puede existir una semana de tres domingos?

Perfectamente, *para tres individuos*; y Poe lo demuestra.

Con efecto, la tierra tiene veinticinco mil millas de circunferencia, y gira sobre sí misma de este á oeste en el espacio de veinticuatro horas, lo cual dá una velocidad de poco más de mil millas por hora.

Supongamos que uno de los tres individuos sale de Londres y recorre mil millas al oeste; este individuo verá el sol de una hora antes que el que se ha quedado en Londres. Al cabo de otras mil millas, lo verá dos horas antes, y al fin de su vuelta al mundo, regresando á su punto de partida, tendrá precisamente el adelanto de un día entero sobre el individuo que se ha quedado. Si el tercero hace el mismo viaje en idénticas condiciones pero en sentido opuesto, yendo camino del este, después de dar la vuelta al mundo, se encontrará atrasado de un día.

¿Qué sucede entonces á los tres sujetos reunidos un dominico en el punto de donde salieron los dos?

Que para el primero *ayer* era domingo; para el que no se ha movido es *hoy*, para el que marchó hacia el este lo es *mañana*.

Come veis es una broma cosmográfica dicha en términos curiosos y originales.

CAPÍTULO IV.

Aventuras de Arturo Gordon Pym. —Augusto Barnard. —El bergantín *Grompus*. —El escondrijo de la bodega. —El perro rabioso. —La carta de sangre. —Rebelión y matanza. —El aparecido del barco. —El buque de los muertos. —Naufragio. —Tormentos del hambre. —Viaje al polo sud. —Hombres nuevos. —Isla extraordinaria. —Enterrados en vida. —La gran figura humana. —Conclusión.

Llego, por fin, á una novela que terminará este estudio de las obras de Edgardo Poe. Es la más larga de las obras del mismo, y lleva por título *Aventuras de Arturo Gordon Pym*.

Quizás más *humana* que las historias extraordinarias de Poe, esta novela no deja de pertenecer al *género extraño*.

Presenta situaciones que no se han encontrado en ninguna otra parte y son esencialmente dramáticas. Vais á juzgarlo.

Comienza Poe por aducir una carta del expresado Gordon Pym, el cual tiende á probar que sus aventuras no son en modo alguno imaginarias, como se había querido hacer creer firmándolas con el nombre de Edgardo Poe, y reclama en favor de la realidad.

Sin remontarnos tanto vamos á ver nosotros si son probables por no decir posibles.

Gordon Pym es el propio narrador.

Desde su infancia, tenía manía de viajar, y no obstante cierta aventura que por poco le cuesta la vida, pero que no le corrigió, meditó un día contra la voluntad y hasta sin conocimiento de su familia, embarcarse en el bergantín *Grampus*, destinado á la pesca de la ballena.

Un amigo suyo, Augusto Barnard, que forma parte de la tripulación, debe favorecer este proyecto, arreglándole en la bodega un escondrijo donde Gordon Pym permanecerá oculto hasta después

de la marcha.

Todo se efectúa sin dificultad, y nuestro héroe siente luego que el bergantín emprende el derrotero.

Pero tras un cautiverio de tres días, su mente comienza á confundirse; le dán calambres en las piernas, en tanto que sus provisiones se agotan, que las horas trascurren, que Augusto no parece, y que la zozobra empieza á dominar al encarcelado.

Describe Poe con gran vigor de imágenes y buena elección de palabras propias las alucinaciones, los delirios, las visiones extravagantes del infeliz, sus padecimientos físicos, sus dolores morales.

Faltaba á Gordon la palabra, su cerebro ardía, y en aquel momento desesperado, sintió apoyarse en su pecho las patas de un enorme mónstruo, y dos globos relucientes, despidiendo sus rayos sobre él.

Apodérase el vértigo de aquel cerebro calenturiento, é iba á volverse loco, cuando algunas caricias, demostraciones de afecto y alegría le hacen conocer que el mónstruo tenebroso es su perro llamado *Tigre*, hermoso terranova que lo había seguido á bordo.

Era este un amigo, un compañero de siete años.

Gordon recobra entonces la esperanza, y procura reanudar sus ideas.

No podía acertar en la cuestion del tiempo transcurrido.

¿Desde cuántos días se encontraba sumido en aquella inercia morbosa?

Sentíase víctima de una calentura internamente desordenada y para colmo de desdicha el botijo del agua estaba vacío.

Resolvió buscar la escotilla á todo trance; pero los movimientos del vaivén del bergantín hacían entrechocar y salir de su puesto, varios bultos mal estivados, amenazando taparle el paso á cada instante.

Sin embargo, después de mil esfuerzos dolorosos, Gordon Pym llegó á la deseada escotilla. Pero en vano pretendió abrirla y violentarla con la hoja de su faca... permanecía tenazmente cerrada.

Loco de desesperación, arrastrándose, chocando aquí y allá, rendido, moribundo, volvió á su escondrijo, y allí se deja caer cuan largo era.

Tigre procuraba consolarle con sus caricias; pero el animal acabó

por espantar á su amo: lanzaba sordos ladridos, y cuando Gordon Pym alargaba la mano hacia él, lo encontraba invariablemente *acostado de espaldas y patas arriba*.

Calcúlese por qué série de sucesos Poe ha preparado á sus lectores; pues hay que temerlo todo, hay para esperarlo todo, y no habrá quien deje de estremecerse y espeluznarse cuando en el epígrafe del capítulo siguiente lea: *El Tigre rabioso*. Es cosa de no poder continuar la lectura.

Pero antes de sentir Gordon Pym este supremo terror, al acariciar cierta vez al *Tigre*, había tocado una tira de papel atada con un bramante al hombro izquierdo del perro.

Después de veinte tentativas para encontrar fósforos, recoge por fin una cerilla que frotada vivamente le dió una luz rápida y escasa.

Al fulgor de esa luz había leído el final de una línea en que se encontraban estas palabras... *sangre. Sigue oculto; va en ello tu vida*.

¡Sangre! ¡Esta palabra en semejante situación!...

En aquel mismo instante fué cuando á la luz del fósforo había notado la singular alteración en la conducta del *Tigre*.

No dudó ya que la falta de agua lo hubiese vuelto rabioso.

Y ahora, cuando manifestaba Gordon la intención de salir de su escondite, parecía que el perro quería cerrarle paso.

Aterrado entonces el infeliz, se abrocha fuertemente la levita para guardarse de los mordiscos, y empeña con el animal una lucha desesperada.

Triunfa, sin embargo, y consigue encerrar el animal en la caja que le servía de retiro; luégo cae desmayado, hasta que un ruido, un murmullo, su nombre á medias pronunciado, lo saca de su letargo.

Augusto se hallaba á su lado aplicando á sus labios una botella de agua.

¿Qué había pasado sobre cubierta? Una rebelión de los tripulantes; una matanza del capitán y veintiun marineros.

Había podido librarse Augusto merced á la protección inesperada de un tal Peters, marinero de fuerza prodigiosa.

En pos de tan terrible escena el *Grampus* había continuado su camino; y el novelista añade que la narración de sus aventuras contendrá incidentes tan completamente fuera del catálogo de la experiencia humana, que traspasarán naturalmente los límites de la credulidad de los hombres, no continuándola, sino con la

desesperación de no alcanzar jamás crédito para todo cuanto va á referir, y no confiando mas que en el tiempo y los progresos de la ciencia para comprobar algunas de las más importantes é improbables aserciones que va á emitir.

Lo veremos.

Contaré rápidamente.

Había dos jefes entre los rebeldes, el piloto y el cocinero Peters; pero dos jefes rivales y enemigos.

Barnard se aprovecha de esta división, y revela á Peters, cuyos partidarios disminuyen de día en día, la presencia de Gordon en el buque.

Ambos meditan apoderarse del barco, y la muerte de un marino les ofrece pronto la ocasión.

Gordon representará el papel de aparecido y los conjurados sacarán partido del espanto causado por esta aparición.

Llevóse á cabo la escena, que produjo un terror *glacial*, y se empenó la refriega. Peters y sus dos camaradas secundados por el *Tigre*, vencieron, quedando solos á bordo con un marinero llamado Parker, que no habiendo perecido, se alió con los vencedores.

Sobrevino á poco una desencadenada borrasca; el buque arrollado se tumbó de lado, y la estiva saltando de su puesta en fuerza de los terribles balances del barco y por la sacudida é inclinación última, lo mantuvo en aquella posición espantosa durante varios días, si bien luego se alzó un poco.

Siguen aquí extrañas escenas de hambre, y todas las tentativas frustradas para llegar á la despensa, descritas con magistral viveza é interés.

En lo más recio del dolor y sufrimiento se suscitó un incidente terrorífico, muy conforme con el genio de Edgardo Poe.

Preséntase un buque á la vista de los náufragos, un gran bergantín goleta, cortado y hecho á la holandesa, pintado de negro, con la roda muy visible y dorada.

Se acerca poco á poco; luégo se aleja; en seguida vuelve, pareciendo que sigue incierto rumbo.

Por último; en una orzada definitiva, pasa el buque á veinte pies apenas del *Grampus*, de manera que los náufragos han podido ver la cubierta de aquella nave desconocida. ¡Horror! ¡está cubierta de cadáveres! ¡no hay un sólo viviente sobre cubierta!... ¡sí, un cuervo

que se pasea por en medio de aquellos muertos!

Luégo el estraño buque desaparece, llevándose consigo la horrible vaguedad de su destino.

Durante los siguientes días aumentan las torturas del hambre y de la sed.

Los sufrimientos de la almadía de la *Medusa* no darían sino una idea incompleta de lo que pasó á bordo... discutiéronse fríamente los recursos del canibalismo, y echaron la suerte de las pajas, que fué contraria á Parker, puesto que sacó la más corta.

Este infeliz debía servir de alimento á sus compañeros.

Así continuaron los náufragos hasta el 4 de Agosto. Barnard había muerto de inanición. El barco, impelido por un empuje irresistible, se volvió poco á poco hasta quedar con la quilla en el aire.

Los desgraciados náufragos se asieron fuertemente al casco del buque, y afortunadamente, pudieron aplacar los tormentos del hambre, porque encontraron la quilla cuajada de grandes cirrípidos que les proporcionaron un alimento excelente.

Pero seguía faltándoles el agua.

En pos de nuevas y crueles angustias, de nuevas alternativas, de esperanzas halagüeñas, frustradas, recogiólos por último en 6 de Setiembre la goleta *Jane Guy*, de Liverpool, capitán Guido.

Supieron entonces los tres infortunados que habían derivado 25° de norte á sud.

La *Jane Guy* iba á la pesca de la vaca marina y otras focas en los mares del sud, y el 10 de Octubre echó anclas en Christmas Harbour, isla de la Desolación.

El 12 de Noviembre salía de Christmas Harbour; en quince días salvo la distancia que le separaba de las islas de Tristan de Acuña, y el día 12 de Diciembre resolvió el capitán Guido emprender una expedición al polo sud.

El narrador describe la curiosa historia de los descubrimientos de aquellos mares, hablando de las tentativas de aquel famoso Weddel, que Dumont de Urville ha convencido perfectamente de error durante sus viajes del *Astrolabio* y de la *Zelea*.

Pasaba la *Jane Guy* del paralelo 63 el día 26 de Diciembre, en pleno verano, y se encontrába en medio de los aludes y masas inmensas de hielo.

La tripulación pescaba el día 18 de Enero el cadáver de un animal extraño, á todas luces terrestre.

«Tenía tres pies de largo por seis pulgadas de grueso únicamente, con cuatro patas muy cortas, los pies armados de largas zarpas de un color encarnado brillante, muy parecido al color del coral.

»Cubierto de pelo sedoso y compacto todo el cuerpo enteramente blanco, hacía resaltar por el contraste el brillo de sus garras.

»La cola era delgada y aguda como la de un ratón, y larga de un pie y medio próximamente.

»Parecíase la cabeza á la del gato, excepto por las orejas caídas y colgantes como las de ciertos perros.

»Los dientes eran de igual color y brillo que las uñas.»

Descubrió la goleta en 19 de Enero una tierra situada bajo los 83° de latitud; y unos salvajes, hombres enteramente desconocidos, de raza ignorada, negros como el azabache, salieron al encuentro de la goleta, que á no dudar tomarían por una criatura viviente.

Alentado el capitán Guido por las buenas disposiciones de los indígenas, decidió visitar el interior de aquella tierra, y seguido de doce marineros, armados hasta los dientes, llegó al pueblo de Klock-Klock después de una caminata de tres horas.

Gordon formaba parte de la expedición.

«A cada paso que dábamos por aquel país, íbamos adquiriendo más y más la convicción de que nos encontrábamos en una tierra que difería esencialmente de todas las visitadas hasta entonces por los hombres civilizados.»

Con efecto, los árboles no se parecían á ninguno de los productos de la zona tórrida: las rocas eran nuevas ó desconocidas tanto por su masa y forma como por su estratificación.

Pero más singulares fenómenos ofrecía aún el agua de aquellas regiones.

«Por mucho que fuese más límpida y clara que toda agua calcárea existente, no tenía *la apariencia habitual de la limpidez*, sino que presentaba á la vista todas las variedades posibles del color purpureo con todos los cambiantes, reflejos y tornasoles de la seda.»

Diferenciábanse esencialmente, á lo menos en apariencia, de todos los animales conocidos, los que poblaban aquellas comarcas.

Vivían en buena inteligencia los tripulantes de la *Jane Guy* y los naturales del país.

Resolvióse en consecuencia otro viaje al interior, quedando solo seis hombres á bordo de la goleta, y los demás se pusieron en marcha.

Acompañados los tripulantes de algunos salvajes, marchaban entre gargantas y valles angostos y sinuosos.

Paredes de piedra blanda se alzaban á grande altura á entrambos lados de las cañadas; paredes rayadas por ciertas hendiduras que llamaban la atención de Gordon.

Estaban examinando una de ellas con Peters y un tal Wilson cuando notaron un fenómeno extraordinario.

«Sentí de repente, —dice Gordon,— una sacudida, que no se parecía á nada de cuanto me había sido familiar hasta entonces, y que me inspiró la vaga idea de que los fundamentos de nuestro globo se habían conmovido y se abrían de repente, como si no hubiese sonado el reloj de los tiempos la hora de la destrucción universal.»

Estaban enterrados en vida; y después de haberse llamado y repuesto algo, vieron que su compañero Wilson había sido aplastado.

Ambos desgraciados se encontraban en medio de una colina formada de cierta piedra de jabón envueltos por un cataclismo, pero cataclismo artificial: los salvajes habían derribado la montaña sobre la tripulación del *Jane Guy*, y toda pereció, excepto Gordon y Peters.

Zapándose un camino por en medio de aquella roca blanca, llegaron á una hendidura por donde vieron el país plagado de indígenas que pululaban por doquiera.

Estos atacaban la goleta que se defendía á cañonazos; pero por fin sucumbió al número, y fué incendiada, volando pronto tras una explosión terrible, que causó la muerte á muchos millares de hombres.

Por espacio de mucho tiempo vivieron Gordon y Peters en aquel laberinto, alimentándose de nueces.

Gordon examinó cuidadosamente la forma del laberinto, que iba á parar á tres abismos, de los cuales traza el dibujo en su relato, así como la reproducción de ciertas entalladuras que parecían haber

sido grabadas en la piedra pómez.

No sin exfuerzos y tentativas sobrehumanas, lograron Peters y Gordon salir á la llanura, donde perseguidos por una muchedumbre vocinglera de salvajes, llegaron felizmente hasta una canoa, en que se había refugiado un indígena, y se dieron á la mar.

Encontráronse entonces en pleno Océano Antártico, «inmenso y desolado,» á una latitud de 84°, en una frágil canoa, sin otras provisiones que tres tortugas.

Hicieron una especie de vela con sus camisas, y la vista de aquella tela afectaba singularmente á su prisionero que jamás pudo decidirse á tocarla, pareciendo que tenía *horror á lo blanco*.

Mientras tanto seguían avanzando y entraban en una región de novedad y asombro.

Una elevada barrera de color parduzco y ligero aparecía constantemente en el horizonte sud, engalanándose á veces con penachos de rayas luminosas, que se extendían de este á oeste, ó al revés, y luégo se reunían de nuevo, formando un copete de una sola línea...

¡Fenómeno más extraño aún! la temperatura del mar parecía ir aumentando, y pronto fué excesiva y bochornosa... su aspecto lechoso se hizo entonces más evidente que nunca.

Gordon y Peters supieron, en fin, por boca del prisionero, que la isla, teatro del desastre, se llamaba *Etsalal*; el pobre desgraciado sentía fuertes convulsiones cuando le acercaban algún objeto blanco.

No tardó el agua en ser agitada violentamente, acompañada de extrañas llamaradas que se encendían en las alturas de sus vapores.

Un polvo blanco finísimo parecido á ceniza, pero que realmente no lo era, cayó en la canoa, mientras que la palpitación luminosa del vapor se desvanecía, y la conmoción del agua se apaciguaba.

Así sucedió durante varios días, hasta que el olvido y una indiferencia repentina se apoderó de los tres infelices.

La mano no podía soportar el calor del agua.

Citaré ahora por entero el trozo que termina éste asombroso relato.

«9 de Marzo.

»La sustancia cenicienta llovía entonces fatalmente en rededor nuestro y en enorme cantidad.

»La barrera de vapor del sud se había elevado á una altura prodigiosa por encima del horizonte, y comenzaba á tomar una gran limpieza de formas.

»No puedo compararla mejor que con una catarata sin límites, que cayera silenciosamente en el mar desde lo alto de alguna inmensa pared, perdida en lo elevando del cielo.

»Aquella gigantesca cortina ocupaba toda la extensión del horizonte sud, y no emitía el menor sonido ni rumor.

»21 de Marzo.

»Funestas tinieblas se mecían sobre nosotros; pero de las profundidades lechosas del Océano, brotaba un chorro luminoso que se deslizaba por los costados de la canoa.

»Nos sentíamos agobiados bajo aquel diluvio ceniciento y blanquizco que se aglomeraba sobre nosotros y la barquilla; pero que se derretía al caer en el agua.

»La altura de la catarata se perdía enteramente en la oscuridad y en el espacio.

»Sin embargo, no cabía dudar que nos acercábamos á tan espantosa muralla con horrible velocidad.

»Podía, á intervalos, verse en ella vastas hendiduras abiertas; pero no eran más que momentáneas, y á través de aquellas aberturas, tras las cuales se agitaba un caos de imágenes flotantes é indistintas, se precipitaban corrientes poderosas de aire, si bien silenciosas, que surcaban en su carrera aquel Océano inflamado.

»22 de Marzo.

»Habíanse condensado sensiblemente las tinieblas, no templadas ya mas que por el fulgor de las aguas, que reflejaban la blanca pared, blanco que se extendía á nuestra vista en el sud.

»Infinidad de aves gigantescas de color blanco lívido, revoloteaban sin cesar lanzándose de la otra parte de aquella cortina singular...

»De repente, sin sentirlo, nos precipitamos á la corriente de aquella catarata, donde se nos abrió un vasto abismo, como dispuesto á devorarnos.

»Mas hé aquí que de pronto se atraviesa en nuestro camino un fantasma velado que tenía la figura humana, pero en proporciones muchísimo más vastas que cualquier habitante de la tierra.

»El color de la piel de aquel fantasma era blanco, más blanco

que el ampo de la nieve.»

.....

Y el relato queda interrumpido de esa suerte.

¿Quién lo continuará?

Otro más audaz que yo y más osado á internarse por los dominios de lo imposible.

Sin embargo, es de creer que Gordon Pym salió del apuro, toda vez que él es quien hace la publicación de su extraordinario relato; pero moriría antes de acabar su obra.

Poe parece que vívamente lo deplora y declina la tarea de llenar el vacío dejado por el narrador.

Queda con ello terminado el resumen de las principales obras literarias del novelista norte-americano.

¿He pecado por carta de más declarándolas extrañas y sobrenaturales?

¿No ha fundado realmente Edgardo Poe una forma nueva en la literatura, forma que provino de la sensibilidad de su cerebro *excesivo*, por emplear una de sus palabras?

Dejando á un lado lo incomprensible, es preciso admirar en las obras de Poe la novedad de las peripecias y situaciones, la discusión de los sucesos poco conocidos, la observación de las facultades enfermizas del hombre, la elección de sus asuntos, la personalidad siempre extraña de sus protagonistas con su temperamento mórbido y nervioso, su manera de expresarse con interjecciones extrañas...

Con todo, en medio de tantas imposibilidades, existe á veces una verosimilitud que se apodera de la credulidad del lector.

Por sus historias extraordinarias se puede inferir la sobreexcitación incesante en que vivía Edgardo Poe.

Desgraciadamente no le bastaba la naturaleza, y sus excesos le dieron la *espantosa enfermedad del alcohol*, que tan acertadamente apellidó, y á la cual debió su muerte en la florida edad.

TORCUATO TASSO.

Al dar á luz las NOCHES de este célebre poeta, consideramos conveniente hacerlas preceder de esta breve noticia biográfica de su autor, porque además del interés que inspira siempre cuanto al genio se refiere, estos ligeros apuntes permitirán apreciar debidamente la situación de ánimo en que al escribirlas, debía encontrarse el infortunado cantor de la *Jerusalem libertada*.

Torcuato Tasso nació en Sorrento en 1554, dedicándose desde sus primeros años á los estudios serios. A los diecisiete sostuvo con general aplauso varias tesis de filosofía, teología y derecho, pero como estos estudios no se adaptaban á su carácter, los abandonó para dedicarse á la poesía, en la que alcanzó pronta y merecida fama.

Llamado á la corte de Alfonso II, duque de Ferrara, en 1565, fué en ella muy considerado y agasajado por este príncipe. Allí terminó y dió á luz su inmortal *Jerusalem libertada*, por la que tuvo que sostener vivas polémicas con críticos y envidiosos. Para desgracia suya se apasionó ciegamente de la hermosa Leonor, hermana del duque de Ferrara, viéndose obligado por dicha causa á abandonar su corte en 1577. Durante tres años anduvo errante y luchando contra su escasez de fortuna, pasando á Nápoles, á Mantua, á Urbino y á Turin, hasta que en 1579 se aventuró á regresar á Ferrara, dónde, según la tradición, el duque lo mandó encerrar en una casa de orates de la cual no lo sacó hasta 1586, y aun lo hizo en fuerza de las reiteradas instancias del Papa y de los príncipes italianos.

Durante su forzoso retiro fué, según todas las apariencias, cuando escribió sus inspiradas NOCHES. En ellas se retratan perfectamente los sufrimientos y el angustioso estado de ánimo del desgraciado Torcuato. Quiso después componer un poema que

superase en mérito á su *Jerusalem libertada*, y escribió al efecto su *Jerusalem reconquistada*, pero ya la desgracia había afectado algún tanto su razón y no poco su salud, y de ello debía naturalmente resentirse su obra.

Llamado á Roma por el Papa Clemente VIII para ser coronado en el Capitolio, falleció víctima de un ataque de fiebre, el 23 de Abril de 1595, que era precisamente el día antes del designado para la ceremonia.

¡Siempre el infortunio ha sido compañero inseparable del genio! Díganlo sino Cervantes, Homero, Quevedo, Alarcón y el desgraciado Tasso, á quien rendimos un tributo de respeto con la publicación de sus NOCHES.

LAS NOCHES DE TASSO.

NOCHE I.

¡Ay!... ¡Me abraso! ¿Qué fuego es este que circula por mis venas? Este fuego no es el mismo que me inspiró los cantos de Reinaldo y Godofredo. Aquél obraba sobre mi imaginación; éste convierte mi pecho en una viva llama.

La opresión que siento es grande y me falta aliento para expresarla. ¡Tal es el imperio que ha tomado sobre mí!

¡Torcuato! Acaso te engañas. En medio de esta penosa opresión brota un oculto deleite que tú no cambiarías por cosa alguna. ¡Ah! ¡es el deleite del amor!

¡Ay de mí! ¿Qué palabra he pronunciado? ¿Quién puede explicar su sentido? Hablé de amor otras veces... bastante escribí de él en otro tiempo; pero sólo llegué á trazar una débil imagen del que ahora me consume.

¡Erminia!... ¡Clorinda!... Se dice que el sentimiento en las mujeres es más vivo que en los hombres. No; todas las mujeres juntas no pueden sentir con tanta fuerza como yo. Canté los amores de Clorinda y de Erminia, pero ¡cuán lejos estaba de la verdad! El amor es otra cosa; es cierto. ¿Quién puede negarlo? ¿Quién? El que no conozca el objeto sublime de mi pasión.

¡Oh tú, á quien todavía no me atrevo á nombrar! ¿Cuándo llegarás á saber el inmenso fuego que con tu propia mano has encendido en mi corazón? Si estuvieses aquí! ¡Si yo pudiera volar libremente á tu lado, y explicarte el tormento que forma mis delicias!... ¿Podré decírtelo algún día?

¡Torcuato! no alimentes tan vanas ilusiones.

NOCHE II.

La he visto. ¡Ah! sobradamente la he visto. Con sus largos y negros cabellos; sus hermosos ojos; sus delicados labios que respiran el deleite; sus blanquísimos dientes; su cuello encantador...

¡Insensato! ¿Acaso son estas las partes más admirables de su hermosura? Aquellos ojos llenos de viveza, aquel mirar plácido y benévolo, aquella sonrisa celestial...

Dí más bien, Torcuato, aquella voz... ¡Ah! todavía suena en mis oídos... ¿Con qué palabras podría expresarla? Pero ¿hay acaso palabras para expresar su voz divina?... Aún la estoy oyendo, y mi corazón la absorbe toda y se deleita en su recuerdo.

¿Lo has oído, Torcuato? Ella repetía los lamentables acentos de Erminia.

¡Ah! no; deja para mí un tema tan cruel; ó si acaso quieres hacerlo objeto de tus cantos, recuerda que sólo refieres el verdadero dolor de tu poeta. Ella lo sabrá...

Pero ¿cómo? ¿Cuándo podré decirle una sola palabra? ¡Infeliz del que vive en el tumulto de la corte! En ella los grandes son bien desgraciados, porque no pueden escuchar los sentimientos de aquellos que les aman. Sólo los aduladores y los hipócritas hallan libre acogida.

Huiré lejos de la corte; el aire que en ella se respira lo contamina todo y envenena los corazones. Me iré á los bosques. La vida sencilla y pastoril de los primeros hombres debía ser un fideicomiso para toda su posteridad. ¡Pues bien! Lo será para mí. Torcuato, partamos.

¡Infeliz! ¿Piensas hallarla en los bosques? ¿Verás en ellos estampada una sola siquiera de sus pisadas? No, me detengo.

¡Oh, tú, única causa de mis desvarios! ¡Si á lo menos te fuesen conocidos!...

NOCHE III.

He paseado por las prolongadas calles de los jardines. Cien veces he medido con la mirada la magnitud del soberbio alcázar donde moras.

Animado por la esperanza, creí al principio que vería á lo menos alguna de tus doncellas.

¡Oh! ¿por qué no tienen éstas mi corazón? Mi corazón solo estaría bien dentro de su pecho, ya que deben servirte á tí, primero y último objeto de mis desvelos. En vano me he lisonjeado con esa esperanza. Inútilmente he contemplado aquellas ventanas por largo tiempo; inútilmente también mis ojos han querido descubrir señal humana.

¡Qué hacían, pues, tus doncellas encerradas en sus aposentos ¡Perversas! Te privan del beneficio de respirar el fresco de la mañana... Hasta la luz... ¡Ah! no. Es que el aire que tú respiras es más balsámico, y quieren disfrutarlo ellas solas. Harto motivo tienen; ¿quién no sería avaro de un bien tan precioso? ¡Ah! Tiempo hace que estoy anhelando disfrutar de una pequeña parte de este tesoro! El haberlo poseído un día en abundancia me hizo perder para siempre la calma del corazón. Después no he tenido ni lo bastante para apagar el ardiente amor mío.

¡Ah! ¡ojalá mis preces puedan llegar hasta tí! Yo las recomiendo al aire, al viento. Sólo el viento, sólo el aire pueden elevarlas hasta la altura en que tú moras. Mas ¡ay! que no acostumbrada á tales mensajeros, é ignorante de sus encargos, tú no podrás prestar oído atento á la relación que irán á hacerte.

¡Torcuato! ¿de qué hablas? ¡Infeliz! Tu delirio es excesivo... Cesa; no haces más que dar pábulo á tu dolor. Cantemos á Reinaldo. Esto es lo único que te sea permitido en este lugar.

NOCHE IV.

Mi delirio ha llegado ya á su colmo. He visto, sí; he visto á Leonor. ¡Era acaso una ilusión! Y bien; Señora, ¿traéis una palabra de vida? Me figuraba que llamándome me dirigía estas palabras: —«Torcuato, eres el primer cantor del Universo; por tí se immortalizará el nombre de nuestro príncipe, y de todos cuantos honras con tus versos. ¿Quién dejará de cobrarte afecto, cuando distribuyes á tu placer la gloria tan apetecida de los hombres? No hay fortuna que tú no iguales.»— Sí, Leonor; Virgilio, nacido en una pobre aldea del Mincio, habiendo ido miserable á Roma para reclamar algunos estadios de tierra, llegó á ser el amigo de Mecenas y el comensal de Augusto. Sobre todo, Leonor, no le estaba prohibido á Virgilio ver á Livia, hablar con Julia, y recitar sus versos á las dos; Nuestro príncipe es digno del corazón de Augusto,

y yo no soy indigno de la suerte del cantor de Eneas... ¿Qué es lo que estoy diciendo? ¡Por qué, infelice, me fatigo en vano! Leonor apenas ha fijado en mí su mirada. Juraría que ni aún ha reparado en mi pobre persona.

¡Ah! En aquellas elevadas torres en donde habita lo que más aprecia mi pobre corazón; en aquellas torres... no hay quien se acuerde del infortunado Torcuato.

¡Corazones crueles! ¿Qué es lo que merece más aprecio? Vuestro poder puede en un momento desaparecer; vuestras riquezas dependen de aquel que os las ha trasmitido; despojaos de cuanto os conceden los hombres insensatos, que no siempre serán tales, y entonces seréis tan sólo unos miserables esqueletos dignos de compasión.

El genio se eleva sobre todo, y no está sujeto á ninguna vicisitud. La violencia, el odio, la fuerza, nada pueden contra él. Yo viviré eternamente en la memoria de los hombres; y el tiempo destructor aniquilará bien pronto y para siempre vuestro nombre.

¿Habrás, pues, quien con razón me acuse de arrogancia y crea temeraria mi pasión? ¡Oh época vil y corrompida! ¿Debo yo acaso estar sujeto á tus leyes?

No: la vileza nunca tuvo cabida en aquella alma candorosa que impera sobre mí. Si algún día llegase á oirme, no dudo que me diría: «¡Torcuato! existe en los corazones humanos un afecto que hace iguales á todas las condiciones, y tú eres tan grande que nadie podrá rehusarte su amor. Corona ciñen los reyes y corona ciñen los poetas, y de éstos reciben aquéllos la palma de la inmortalidad.»

¿Quién no amaría un alma tan noble y tan virtuosa? Yo... Siempre.

NOCHE V.

—Cortesano; respóndeme y sé veraz. ¿Sigues á nuestro príncipe animado tan sólo por la esperanza de arrancar de sus manos alguna liberalidad? —Le sigo por un sentimiento puro. Alfonso es tal, que aunque llegase á ser menos rico y poderoso se haría amar del mismo modo— ¿De modo que tú le amas?.

—Sí. —¿Y cómo le demuestras tu amor?— Prestándole mis servicios siempre que se digna emplearme.

—Eres prudente; yo á pesar de no ser cortesano como tú, hago

sin embargo mucho más por él, pues le preparo un asiento en el templo eterno de la inmortalidad al lado de los más grandes héroes. —Pero antes te lo preparas para tí.

—Hay en esto una diferencia que se hace notable. Tú sigues al príncipe y le sirves; pero esto lo haces porque esperas con su protección labrar tu fortuna; y si yo quisiese; podría excluirle de la que preparo para mí. Él no me paga, ni aún esto puede hacer, pues todos sus estados y todas sus riquezas no serían, bastantes para satisfacerme. —A mí me parece que pones en muy alto precio esa merced que le haces. ¿Y es cierto que no esperas de él recompensa alguna?

—¡Malicioso! Yo no debía haberte llamado. Tú no puedes ser mi juez; mis servicios son voluntarios. Yo no pido ni dignidades ni riquezas. ¿Para qué las necesito? No tengo sino una necesidad; aquella que mi doliente corazón me recuerda á cada instante; aquella sin la cual, siéndome desde hace mucho tiempo la vida una pesada carga, hubiera bien pronto terminado mi existencia...

Tú sola me detienes, dulce tormento de mi alma, y sólo por tí me es apreciable mi señor.

Pero el orgullo de los grandes desprecia esta suerte de homenajes. Desgraciado de mí si me declarase!... Un asunto de estado; un delito!... ¡Un delito el puro afecto; el sentimiento!

¿Creéis vosotros que pueda obtenerse con las armas ó con el oro? ¿O es que no sentís su necesidad?

¡Insensatos! la naturaleza dió á cada uno sentidos y alma. Falaces instituciones alteraron el orden de las cosas...

¡Oh! ¡por qué nació ella en un siglo tan corrompido! ¿Por qué su inocente espíritu deberá beber en fuentes tan impuras? Yo pido al cielo un instante propicio para verla, para declararle...

¡Ay infeliz! Cuando llegue este instante ya ella no será cual yo me la figuro. Las grandezas y los aduladores habrán alterado la inocencia de su alma. Amará, y ya no será digna de mí.

¡Justo cielo! ¿Qué maligno espíritu me inspiró tan negra sospecha? Su virtud es incorruptible. ¡Así llegará el instante que yo anhelo!

NOCHE VI.

Los enemigos de mi gloria se han levantado furiosos contra mí.

Sus gritos resuenan en el Arno, y se propagan velozmente por toda Italia. Yo los destruiré y saldré vencedor en la lucha. Conozco mi causa. Mi *Jerusalem* triunfará del tiempo y de la envidia.

Pero ¡ay de mí! Otra pérdida mucho más grande podría sufrir aún. Mi corazón vale seguramente mucho más que cualquier ingenio y cualquier poema. Es tan difícil en estos tiempos hallar otro corazón como el mío, como lo era componer un poema digno rival de la Eneida. ¿Quién aprecia un corazón cual se merece? Es posible que aún haya quien se atreva á insultarlo? ¡Fatalidad de los tiempos! Se pregunta con arrogancia de qué sirve este don, mayormente si no se trata de un príncipe, y si estando dotado de un corazón tierno y amoroso pretendes la gracia de una mujer de elevada clase, los cortesanos te llaman loco.

¡Ah! ¿Qué harás, Torcuato? Seguramente que no te opondrás á tus enemigos. Demasiados peligros te circuyen, y tu causa no puede exponerse sino dentro de tí mismo. Los hombres son feroces adoradores de las divinidades que han forjado á su capricho.

Ella es también una divinidad para mí. Pero el culto que yo le rindo no es el del vil cortesano.

¡Dios de los cielos! Haz de ella una simple aldeana y los mismos que hoy me atacarían porque la adoro, la despreciarán mañana abiertamente, la mirarán con desdén y la dejarán en completo abandono.

Ella, empero, nada perderá para mí; al contrario porque estando á cubierto de los peligros de la corrupción, podrá fortificarse más libremente en su virtud.

¡Oh! ¡Cómo brillaría entónces su hermosura entre los inocentes atractivos de la naturaleza! Bajo sus pies nacerían flores en todas las estaciones; los límpidos y cristalinos arroyuelos suspenderían su curso y llevarían sus aguas en torno de ella, codiciosos de besar sus bellos pies; la fresca brisa de la primavera vendría á acariciarla con sus suaves perfumes; saludaríanla con sus cantos las avecillas del bosque; correrían balando inocentemente hacia ella las ovejitas, admiradas de ver tan hermosa criatura; la respetarían, la amarían, la adorarían los hombres del lugar: su dulce nombre, repetido de boca en boca penetraría en las fastuosas ciudades y en la corte: los grandes de ella se olvidarían entonces de aquel insensato orgullo, que ahora es su ídolo; y ¡quién sabe si desde lo alto de su opulencia

y vanidad, los mismos magnates, no se desdeñarían entonces de ser amados por esta aldeana! Los mentirosos cortesanos aplaudirían prontamente la nueva elegida. Dirían... ¡Qué no dirían para lisonjear la pasión del grande, sus falaces cortesanos!

¡Pero no! Esta mujer es mía, toda mía. Jamás conoció los humos de la vanidad; jamás pudieron embriagarla. Sólo conoce la rectitud del corazón, el candor de los afectos y la pureza de los sentimientos. ¿Poseéis acaso vosotros alguna de esas virtudes? Si no las tenéis, callaos, miserables. Seguramente que no tenéis ninguna, yo lo sé bien, he vivido entre vosotros, y os conozco. También os conoce ella, que educada entre vosotros, se acuerda con desdén y horror de vuestras pérfidas lecciones. Y aunque pudiéseis ofrecerle virtudes dignas de ella, temblad, sin embargo, porque hallaréis en mí un temible rival. Sí; yo me presentaré el primero en la palestra, y os disputaré la victoria. Siempre he aborrecido vuestras viles artes. Nunca supe hacer comercio de mi corazón. Yo no busco en el amor sino el amor solo. Vosotros hacéis servir esta noble pasión para otros fines; y si un afecto violento llega á dominaros por un instante, vuestra ambición no tarda en contaminarlo.

Pero ¡ay de mí! Ella permanece en el palacio de mi señor; no se desprende de las seductoras grandezas en que nació, y yo no tendré el consuelo que anhele. ¡Infeliz!

Entre tanto, ¡Oh destino cruel! la guerra suscitada á mi gloria se hace fatal á mi amor. Ella oirá las dudas y los reparos y quién sabe si tal vez se unirá á mis enemigos para burlarse de mí.

No; ella no tiene un alma vil; pero puede titubear. Arrojemos de nosotros esa turba de impertinentes; vindiquemos nuestra gloria; tal vez vindicaremos con ella nuestro amor. Escribamos.

NOCHE VII.

No, médico. No es propio de tu arte el curar esta calentura. Te engañas, ó te engañan sus síntomas. El fuego que arde en mí es inmenso. No creas que para mitigarlo basten tus bebidas. Aunque bebiese el Po entero, no sentiría alivio alguno.

Tú dices que esta fiebre es causa de los accesos á que se abandona mi mente de tiempo en tiempo. ¿Y qué? ¿Te parece acaso que yo deliro? Calumnias! Mi razón es tan sólida como puede serlo la de otro hombre. Mi alma contempla un objeto... ¡Ah! Tú no sabes

qué objeto contempla, y con cuánta intensidad...

Fija la mirada en el sol en un medio día de Julio; mira con detención su brillante disco, y recoge dentro de tus pupilas su inmenso resplandor. Pronto titubearás y los objetos que te rodeen desaparecerán á tu vista.

¡Hé aquí mi situación! Lleno enteramente del caro objeto por el cual vivo, mi corazón no enferma como pretendes. Guarda, pues, para los miserables sepultados en el lecho del dolor tu ciencia, si alguna tienes, y tus cuidados; nunca habrás visto otro hombre más sano que yo.

¿Y sería posible que un hombre enfermo amase como yo amo? Existo todo en ella, no veo más que á ella; no busco, no quiero otra cosa...

¡Cruelles! Dejádme en mi felicidad. Si yo diese un paso atrás, entonces tal vez necesitaría de los socorros de vuestro arte. Pero no, serían inútiles; porque moriría.

NOCHE VIII.

Yo no soy indócil. Escucho la razón, y la sigo. Cambiaré el título de mi poema; pero éste permanecerá el mismo. He examinado esta mañana las objeciones que me han dirigido.

No creas por esto, mujer divina, que el estudio me haya ocupado hasta el extremo de olvidarte ni por un solo momento. ¿Qué fuerza podría arrancarte de donde ejerces tu imperio con autoridad soberana?

No; no miento, no exagero. Exageran los amantes vulgares, porque su llama es vulgar. Mi afecto es todo divino. ¡Dios de la naturaleza! Tú mismo, tu mano potente lo ha grabado en mi alma. Su impresión es profundísima, y ha arraigado en las más recónditas fibras del corazón. Perecerá este corazón, pero no perecerá antes que él mi afecto.

Cuando me pongo á meditar sobre mi obra, siento enardecerse mi pecho. Te veo en Sofronia, en Erminia, en Clorinda, y perdóname, Armida misma me recuerda tu imagen. Armida es falaz, pero fué hermosa y amó, y este amor y esta belleza bastan á mi ardiente afecto.

A veces me pregunto de dónde pude sacar las variadas imagenes de tan seductoras mujeres. Y si estas, digo, son tan hermosas, ¿cuál

debe ser aquella de la que sólo he trazado débiles rasgos, y una sombra? Guarden otros para sí, cualesquiera que ellas sean, las formas que delineó mi imaginación. Su celeste modelo me pertenece. Sí; me pertenece. ¿Quién puede disputármelo? ¿Hay fuerza para ello en la tierra? Yo soy superior á toda fuerza; y si algún día intentase la violencia...

¿De qué pende el hilo de mi vida? Un golpe... Y puedo aventurarlo á cada instante. ¿Crees acaso que me falte valor? Quítame la esperanza y verás...

La gloria podía hacerme amar la vida. La gloria ejerce un imperio poderoso sobre algunas almas elevadas. Yo creo haberla ya alcanzado, y si la envidia me disputa hoy sus lauros, mañana habrá ya consumado todas sus asechanzas y triunfaré.

Tú sola entre tanto sostienes mi espíritu. La idea de verte, de hablarte, de conmoverte; este solo pensamiento constituye mi vida. Jamás se borrará de mi corazón, aunque la fatalidad ó los hombres condenen mi amor. ¿Quién puede atentar contra mi alma, y arrancar de ella este pensamiento? Cualquier esfuerzo lo avivaría mucho más. Desafío á todos los tiranos, y á todas las adversidades.

Pero si esta osadía tuviese lugar, dime, ¿con qué ánimo podría sostenerla?

¡Ay de mí! ¿acaso sabe ella las desgracias que me atormentan? ¿Sabe acaso que ella sola llena enteramente mi alma, y que sólo vivo por ella? No, ella no lo sabe.

¡Oh amor sumo é infeliz! Mi desesperación es en vano. Hay hombres que pueden echar en cara su crueldad á la ingrata mujer que les hace sufrir. El pesar ó remordimiento de ésta les sirve de compensación: y enfurecida su alma, se consuela con la venganza del desprecio; último remedio de un afecto desgraciado é indomable. Pero yo no quiero semejante compensación; no: no me complaceré jamás en tales venganzas.

Mas la suerte de los amantes vulgares no debe ser la mía. El objeto que reina en mi corazón, es más elevado que el que reina comunmente en el de los demás hombres. Todo es nuevo, toda es grande.

Esta idea me da mayores y nuevas fuerzas.

NOCHE IX.

Los poetas acostumbran calumniar á las mujeres.

Harto lo prueban sus frecuentes invectivas. Aún hacen más; profanan los misterios del amor. ¿Sabes tú la causa de ello? La bajeza de sus sentimientos.

Los de Torcuato son más nobles; y no debes recelar, mujer divina, que lleguen jamás á envilecerse. Conóceme bien, y ten valor.

He dejado mi lecho antes de la aurora con el designio de penetrar hasta tu morada.

¿Quién podría detener mis pasos? Habría preguntado por Leonor; le habría dicho... lo que puede decir un hombre desesperado. ¡Ah Leonor! Hace mucho tiempo que el sueño no ha cerrado mis párpados. Mi corazón palpita siempre. Una inquietud, un delirio... ¡Qué cruel situación, Leonor! Yo no puedo ni sé expresártela. El fuego que me abrasa se eleva hasta mi cerebro... ¿Ves estos ojos inflamados? ¿Ves este anhelo que me consume?

¡Ah! ¿Es ella?... Este ruido... Calla, que no se sobresalte, que no retroceda si llega á sospechar que este recinto encierra un hombre. No ignoro que nadie debe penetrar hasta aquí: pero esta severa ley no me comprende, Leonor. ¿Conoces mi pasión? ¿Sabes que no hay fibra en mi pecho que no lleve estampada tu adorada imagen? ¡Id; decidla que la aguardaré hasta la noche, un año, un siglo, con tal que venga, que la vea, y le hable.

Leonor; no quieras imitar á los tiranos: no te hagas reo de un sacrilegio. Tiembla si el amor llega á vengarse. Tú malagarías su obra más admirable. Leonor, ten piedad de mí. Ella entra; mis ojos no la pierden de vista. Mi corazón late con violencia. El más leve rumor me conmueve, me agita. Me abraso, me hiel. Retrocede. No, no es Leonor.

Un criado importuno baja de una escalera excusada que conduce á la habitación de la que adoro. ¡Ah! ¡si yo pudiese vestir esa librea! tú no conoces el bien de que disfrutas ¿Qué hiciste para merecer el vivir á su lado? Eres verdaderamente feliz. Tú ves con frecuencia sus celestiales facciones, oyes su voz suave; y le prestas los servicios que ella se digna pedirte. Cédeme tu lugar.

El criado atraviesa la sala en silencio, y Leonor no parece. ¡Hasta cuándo he de perderme en vanos deseos! Todos desechan mis súplicas, todos se hacen sordos á mis ruegos. Yo deliro; ¿dónde me hallo? ¡Cielos, dónde estoy!...

Ven á mi socorro, oh dulce causa de mi dolor. De tí sola depende. ¿Con qué derecho podría quejarme de Leonor, si conociese ella que ya no es el objeto de mi afecto? Tú que lo posees sola y todo entero, debes mostrarte sensible. El esplendor de tu cuna te eximió acaso del agradecimiento? ¡Oh cielos! ¿Es posible que ella haya aprendido la inhumana moral del orgullo? No. Pero el orgullo la encadena. ¿Qué importa que sus grillos sean de oro? ¿Dejan por esto de ser el instrumento de la violencia?

¡Gran Dios! Te agradezco el no haberme destinado á tan alta cuna. Sería sólo un esclavo: no podría disponer ni aún de mi corazón.

NOCHE X.

¡Traidor! Ya que abrigabas contra mí tan cruel veneno, ¿por qué no traspasabas antes mi corazón con un puñal, cuando estando solos te abrazaba como á un amigo, como á una parte de mí mismo? Entonces no habrías sido mas que un asesino. ¡Bárbaro! Tú has escendido la esfera del poder que hasta aquí se ha concedido á los malvados en la tierra, y la has escendido en mi daño.

No, mujer divina. Mis labios jamás han profanado tu nombre, ni mi amor. ¿Quién merecería ser el depositario de este secreto?

Orgulloso de una pasión que me coloca en un rango tan superior á los demás mortales, ¿cómo puedes sospechar que hubiese incurrido en la bajeza de confiarla á hombre alguno? Miente quien tal dice; es un malvado que hizo traición á la amistad, y palideció al brillar sobre su cabeza el acero vengador, cuyos golpes sólo pudo evadir con una nueva vileza... herencia infáme de su sangre.

Pero ¿qué importa? Separado del resto de los hombres, arrojado á este asilo del infortunio, juguete de viles cortesanos, blanco de las iras de un poderoso, que antes era mi protector... No bastaba sin embargo, con esto. Ella... ella se ha indignado contra mí... ¡contra mí! ¡Tú!

Pues bien, yo te perdono. Mira si soy desgraciado. La calumnia ha agotado en mí su veneno, y calló mi labio; pero el ardor de mi pecho se aumenta y no mintió la calumnia cuando me acusó de haberte amado. Ven, ven. Estaré mudo delante de tí. Mis párpados no harán el más mínimo movimiento, ni se oirá un latido en mi corazón. ¡Oh! en mi éxtasis moriré á tus pies... expiaré en tu

presencia mi delito, si lo he cometido.

Pero ¿cuál es mi delito? Uno solo. Leonor, ¿acusarás á Tasso por haberte amado?

No; tu corazón sin duda abriga sentimientos más nobles. Volverán á serenarse aquellos ojos que alimentan mi única esperanza, y si lo consigo, en medio de mis crueles miserias, seré el más afortunado de los mortales.

Ella se acerca. Los acelerados latidos de mi corazón me anuncian que no está lejos el momento de verla.

¡Ah! Los dos somos desgraciados, y el cielo nos ha sujetado á grandes pruebas. No debes por esto desconfiar, ¡oh tierno objeto de mi inmenso amor! Nuestra terrible situación cambiará. ¿Podría acaso acrecentarse el rigor del destino que hoy nos oprime?

¡Cielos! Pálida... desgñada... sus labios convulsos... sus ojos... ¡oh! ¡qué ojos!... No, yo no puedo sostener su vista.

Vé: bastante has dicho: mañana estarás tranquila. Mañana ya no existirá el infeliz que hoy ocasiona tus penas. ¡Ojalá vuelva entonces la paz á tu corazón, y con ella recobren tus facciones sus formas divinas! Ellas solas justificarán al desgraciado...

NOCHE XI.

Mi esperanza se ha desvanecido enteramente. ¡Cruels! Prohibirme hasta la vista del castillo!...

Pero en medio de mis desgracias me queda un consuelo. Se ha temido mi pasión. No era pues yo un objeto indiferente para ella. Sí: mis votos han llegado hasta sus oídos; conoce mi amor y mis transportes, y no dudo que excitarán su piedad.

No deseo otra cosa. Me alejaré de aquellos muros; pero dentro de ellos viviré triunfante en su memoria. Ella dirá: ¡infeliz! Y tal vez mientras me abandono á mis devaneos, su afecto simpatiza con el mío. Anímate, Torcuato. El amor vence los más grandes obstáculos; y ¡quién sabe que felices combinaciones se nos preparan!

¡Insensato! ¡Qué atrevido vuelo ha tomado mi imaginación! ¿Qué espero? Nada. Ya no la volveré á ver: jamás le hablaré. Ella ignora mi sentimiento y mis desgracias. ¿Quién podrá decírselas? ¿Tienes por ventura algún amigo en la corte? Todos son en ella esclavos del vil interés: todos ocultan la verdad, y abandonan al que cayó en desgracia. La experiencia me lo ha enseñado mil veces, y no

puedo engañarme á mí mismo.

Mi desgracia es cierta... irreparable. La esperanza me ha abandonado. ¿Qué recurso te queda pues, Torcuato?

NOCHE XII.

Mi infortunio es efecto de una intriga de mis enemigos; pero ellos no han podido abusar de mi amor; no lo conocen. ¿Cómo podrían conocerlo, cuando yo lo he guardado en mi pecho con tanta escrupulosidad? Torcuato, ¿lo has depositado acaso en el corazón de alguien? ¡Guárdate de hacerlo! Teme hallar un traidor en cada hombre, y rara vez te engañarás. ¿Qué mérito no se haría cualquiera que llegase á penetrarlo para asesinar-me? Sí, para asesinar-me. Paréceme que oigo la voz del hipócrita susurrar al oído del príncipe; los primeros acentos bastan para encender su ira. Búscan-me luégo: preguntan por mí... Estoy perdido.

Y bien, moriré. ¿Quién pereció nunca por más bella causa? Lejos de la corte, los hombres sensibles y rectos harán justicia á mi corazón. «Se elevó sobre los poetas de su siglo, dirán, dió á la moderna Italia un monumento del genio, que puede rivalizar con los de la antigua. Estos títulos autorizan el amor atrevido que abrigó en su pecho. Su corazón debía ser á la par de su talento». ¡Satélites inicuos! Venid á aprisionarme. No resistiré á vuestra violencia; todas mis fuerzas se concentrarán en mi corazón para amar con más intensidad al objeto sagrado de mi pensamiento. Las puertas se abren; aquí están los malvados.

Si al menos pudieses ver, ¡oh causa inocente de mis desgracias, el infame trato que se da al hombre que te adora!

NOCHE XIII.

Abandono mi lecho: descorro el cerrojo de la puerta. No quiero perder un momento. Esta puerta debe abrirse libremente al instante en que ella aparezca.

¡Oh Torcuato! ¿Qué le dirás cuando pise estos umbrales? ¿Qué diré? Me arrojaré á sus pies, y moriré. Sí, morir. En tal situación, ¿podría hallar acaso otro alivio? Entonces ya no deberé esperar que mejore mi suerte. Moriré. ¡Oh, cuán grata me será la muerte después de un placer tan suspirado!

Le manifestaré mi gratitud. ¡Cuántas veces he pedido al cielo este momento feliz! ¡Mujer divina! ¿Las desgracias de tu amante, han excitado tu piedad? ¿Quién te ha hablado de mi pasión?

¿Qué digo? ¿Acaso mi amor no está impreso en todo lo que me rodea? ¿No está escrito en mi frente, en mis ojos, en todas mis acciones? ¿Mis palabras, mis suspiros, hasta mi mismo silencio, aquel silencio mudo tan largo, tan profundo, no expresan vivamente los afectos de mi corazón? El aire, testigo tanto tiempo de mis sentimientos, de mis votos, de mis suspiros; el aire, sí, herido tantas veces por mi voz ha elevado sus tristes acentos hasta el lugar donde ella habita...

¡Ah! Si tardases un instante más, virgen celeste, yo no existiría.

Sus labios se abren: me dicen... ¡Callad, rumores envidiosos! Dejadme gozar el suave sonido de sus palabras.

¡Ay de mí! La puerta permanece cerrada. Este cerrojo está inmóvil. ¿Quién hizo retroceder á Leonor? ¿Quién impidió su entrada? ¡Infeliz! ¡infeliz! ¡Ya no la veo! ya no la veré más... ¡Qué silencio!

NOCHE XIV.

Yo moriré; moriré, no puedo dudarlo. Arrojadme donde queráis. ¿Qué me importa?

No, no... Sepultad mis miserables despojos en la capilla de la corte. Id á vuestro príncipe y decidle: «Esta es la voluntad de Tasso», y escuchará mis votos, porque los de la muerte son sagrados.

Allí quiero ser sepultado; allí. Ella es piadosa: acudirá como acostumbra á la tribuna, desde la cual puede observar sin ser vista. Entonces descubrirá el lugar donde habré sido sepultado y leerá: AQUÍ YACE TASSO. Las letras serán mayúsculas. Decid al escultor que las haga de tal tamaño, que puedan leerse desde aquella elevación.

¿Sabes tú quién es el infeliz que reposa aquí? Olvida sus versos, y acuérdate tan sólo de su amor; de aquel amor infausto que le arrastró al sepulcro. ¡Tú eras su objeto, tú! Ninguna otra mujer supo conmover su corazón. ¡A tí sola te amó!

¡Si la piedad te habla, si te inspira alguna súplica de paz!...

¿Qué paz puede tener un miserable, que ni aun probó sus

dulzuras en la tierra? Dicen que el espíritu lleva consigo los postreros sentimientos en los cuales le sorprendió la muerte, y que se fija en ellos para siempre... Verte, hablarte de mi pasión, estos fueron mis últimos sentimientos. Mi alma, pues, ya no tendrá otros, y yo, que no existiré no podré verte ni hablarte. En vano desearás mi reposo.

¡Ah! Yo deliro. ¡Oh! Sí, sí, paz. Tu piedad debe implorarla á mi favor, y sólo por tu intercesión podré conseguirla. La hubiera también conocido en mis aciagos días, con solo que me hubieses dirigido una mirada benigna.

¡Justo cielo! Escucha los votos de su alma; concédeme lo que ella te suplica, y entonces quedará premiada mi fidelidad.

NOCHE XV.

¡Oh, tú, á cuya vigilancia estoy confiado como un reo de alto crimen, dime, ¿sabes acaso si ella me ama? Yo la amo; y mi amor excede á toda fuerza humana.

Tú lo habrás advertido.

Cuando me ofreces tus servicios y no obtienes respuesta, es que estoy contemplando sus angélicas facciones, y aquellos ojos divinos que la naturaleza concedió á ella sola.

¿Te sorprenden mis palabras? ¿Te mostrarás tal vez indiferente? ¡Miserable! Tú no la has visto jamás: tú no conoces sus prendas, no tienes un alma tan sublime que pueda conocerla. No; el cielo sólo hizo dos corazones; el de Leonor y el mío. Entrambos fueron hechos para entenderse, para amarse.

Mas, ¿qué digo? Los dos se aman ya, y se poseen enteros.

No me habléis de otra cosa ni busquéis en mí otra necesidad.

El importuno ha partido; mejor; su presencia empezaba á molestarme. No era digno de penetrar el secreto de mi pasión.

Alégrate pues, Torcuato, y desahoga libremente tu corazón. Ya no debes recelar que ningún testigo descubra tu afecto. ¡Si á lo menos tuviese aquí un amigo, cuyo corazón sensible á mi penoso estado refiriese á Leonor mis desgracias! Pero ¡yo mismo iré á hablarla! ¿Ves? El voraz incendio de mi pecho ha extendido su fatal influencia á toda mi máquina.

En otro tiempo sus latidos no eran tan frecuentes ni mortales. Todo esto es por tí: sí, por tí; pero estoy contento, y en mi pena

cifro toda mi felicidad.

Dime pues ahora; ¿desoirás mis súplicas? ¿Despreciarás mi corazón? ¿Y podría despreciarse un corazón como el mío?

NOCHE XVI.

Dejo las orillas del Po. Vamos, Torcuato; huyamos á otro clima menos funesto á nuestro amor. Este cielo no fué para tí sino un lugar de desventuras. Tal vez no sea fábula lo que de él han cantado los poetas.

Huyamos de una ciudad falaz, de una corte pérfida, de una mujer pérfida... Sí, pérfida es Leonor. Me prometió... Lo entendí bien: yo estaba allí... ella... aquí... Entrambos nos mirábamos, yo con ojos de fuego, y ella con la modestia y candor propios de una belleza virginal.

Yo la creí; di fe á mi deseo, no á sus palabras que fueron breves, y cuyo sonido apenas pude percibir. Mi corazón recogió todas tus acentos, y suplió el defecto de mis sentidos.

¡Corazón desgraciado! ¿Ves cómo ella te ha hecho traición? ¡Ah! no es ella, no, sino yo mismo. Yo solo soy la causa de todos mis infortunios. ¿No debía pensarlo antes? ¿No debía reflexionar que las almas, y la fe de los palacios son diferentes de las de nuestra clase? Aquel aire está envenenado, y ella lo respiró desde su cuna! Yo debía saberlo...

Pero me vengaré. Se sabrá la traición! se sabrá aunque pasen diez siglos. Ella y sus cortesanos no serán mas que un vil polvo; yo viviré y anunciaré su perfidia ante el universo.

Adiós, inicua morada; yo no debía haberte pisado jamas; yo tengo la culpa, pero voy á enmendarla; voy á dejarte para siempre.

Tal vez cuando esté lejos se deseará mi presencia, pero en vano. Entonces habré ya arrancado de mis entrañas esta víbora cruel que me despedaza. El recuerdo de mi actual dolor será como de un naufragio padecido en sueños. Mi resolución es irrevocable.

Abridme la puerta. Debo irme lejos... sí, muy lejos... donde no oiga hablar más de ella, donde no tenga ni un solo recuerdo suyo. Abrid.

NOCHE XVII.

¡Qué sueño tan horrible! Ojalá nunca llegue á realizarse. ¡Votos inútiles!

Mírala, yerto cadáver tendida en el féretro. ¡Ay de mí! ¿dónde están sus ojos, aquellos brillantes ojos qué daban vida do quier se fijasen? ¡Ah! cerrados por la atrevida mano de la muerte, ya no volverán á ver la luz. Dejad que los bañe con mis lágrimas. Quizás ellas podrán... No sería ¡a primera vez que el amor ha obrado prodigios.

¡Ah! mis ojos no pueden llorar: el dolor ha secado el manantial de mis lágrimas. ¿Qué recurso me queda para llamarla á la vida? ¿A quién hablo? En vano intento levantar mi voz: una mano de hierro oprime mi corazón; una ansiedad mortal me sofoca. ¡Ah! nadie me oye.

¡Oh sagrado objeto de mi ardiente amor! ¡Ya no existes! ¡En la flor de tu juventud me has sido arrebatada! Alárgame una mano desde el sepulcro... A lo menos sé ahora benigna.

Estoy pronto á bajar á él para encontrarte.

La muerte inspira horror á los hombres. Yo la miraré sin temblar, si me conduce hasta tí, sola poseedora de mi corazón; pues sólo por tu amor me era apreciable la vida.

Pero ¡ah! los muertos no oyen.

¡Eterno Dios! Te pido la muerte, te pido aquello á que el inexorable destino ha sujetado á todas las criaturas. ¿Llegarás hasta el extremo de negarme la muerte? ¿Tu providencia habrá ya abandonado á Tasso?

Dispiértome. Mis cabellos están erizados: mi frente bañada en un sudor frío; mis ojos... mi pecho... ¡Ah! ¿es posible que pueda sufrirse tanto en sueños?

Aparta los ojos de mí, tú que estás en mi presencia manifestando en silencio tu sorpresa. ¡Ah! Tú no sabes cuánto padece mi corazón, ni el colmo de infortunio á que he llegado. Huye de mi vista.

Pero, no: detente. Sólo yo deyo sufrir tan terrible prueba. Me iré, preguntaré, hallaré quien me dé noticias de ella... ¡Oh! si este sueño fatal... ¡Ay de mí! Las fuerzas me faltan... no puedo...

NOCHE XVIII.

¡Qué día tan hermoso! ¡Qué sol tan brillante! ¡Qué soberbia se presenta hoy Ferrara á mi vista desde esta altura!

¡Torcuato! Tan hermoso como éste fué el día en que viste á aquella por quien suspiras; el sol resplandecía como ahora: la ciudad entera rebosaba de alegría; el príncipe recorría sus anchas calles sobre un fogoso corcel; el gentío era inmenso, y tú representabas un papel distinguido.

Llegamos á palacio donde estaba reunida la flor de las bellezas de la corte. ¡Cuántas gracias! ¡Cuántos atractivos! Todo era seductor. Distinguí una entre todas que eclipsaba á las demás. Al momento sentí inundarse mi alma en un inefable deleite. Mis ojos no sabían apartarse un solo instante de sus encantos.

¡Justo cielo! ¿Me engañé acaso ó es cierto que leyó en mi rostro la turbación que me causaba su vista? ¡Cómo podía yo ocultar mi sorpresa y su triunfo!

Desde entonces una total revolución se ha operado en mis sentidos. ¡Qué inquietudes! ¡qué combates de mil afectos diferentes! Hoy, por fin, mi pecho ha recobrado la calma, y puedo recordar con serenidad las penosas vicisitudes que han agitado mi espíritu por tanto tiempo. Yo la amo: no puedo dudarlo. ¡Y bien! ¿Es delito el amarla? ¿Por qué la hizo el cielo tan amable? No; no es delito; no puede serlo.

Celebremos la memoria dé aquel día. Cantemos un himno digno de ella, digno de la inmortalidad. Díctelo el corazón; sólo el corazón puede dictar un himno digno de Leonor:

¡Ay de mí! La grandeza del asunto me oprime; mis sentidos desfallecen. ¡Qué negra nube! ¡qué vientos tan procelosos se desencadenan! ¡Ay! el cielo se oscurece. Favor... pero ¿de quién lo imploraré? Mis lamentos no pueden llegar hasta ella; y sólo ella podría socorrerme.

¡Ah! Escucha la voz de la piedad. ¡Mira qué profunda herida has abierto en mi pecho! ¡Ah! mi dolor, mi dolor es extremo. Esperaba recibir de tí la felicidad... y soy un desventurado.

NOCHE XIX.

He renunciado á la gloria de los versos. Ariosto, Camoens, Virgilio, Homero, son nombres ya indiferentes para mí; pasó aquel tiempo en que aspiré al honor de rivalizar con ellos. Al presente mi gloria se cifra en vivir por la que es mi todo.

¡Virgen celestial! ¿Eres tal vez una de aquellas mujeres

vulgares...? ¡Cuán engañado he vivido hasta ahora! Creía aumentar tu gloria con la mía, mas no tienes necesidad de ella. Tú sola haces tu gloria, la de cuantos te pertenecen, y harás también la de Tasso.

Perezca mi *Jerusalem*, desgárrenla si quieren, los pedantes del Arno, y los cortesanos de tu padre: no desplegaré los labios. Para ser el primero entre los hombres de mi siglo, para ser un objeto de envidia para todo el Universo, bástame con mi amor.

Los tiranos lo han conocido. Mira cómo me persiguen; mira cómo quisieran destruir mi gloria y mi felicidad. Pero es en vano; no lo conseguirán; mi felicidad está colocada en lugar donde sus manos sacrílegas no alcanzarán jamás: en tu corazón y en el mío.

Pero ¿dónde estoy encerrado? ¿Qué hago yo aquí? Muchos días han transcurrido ya desde que se me concedió la hospitalidad. Hablo, pregunto, y nadie me responde.

Ven tú á libertarme... ¡Oh! te contaré todos mis males! Mis males... tú los ignoras. Yo te los contaré: los oirás de mi misma boca. Sólo yo puedo decírtelos. Sí vendrá: aguardemos, Torcuato.

¡Qué miserable condición es la de una hija de príncipe! De nada puede disponer. Mil cadenas la sujetan; mil ojos están fijos sobre ella. Ni un solo suspiro puede salir de su pecho sin ser observado.

¡Malignos espías! Tal vez un suspiro de Leonor os ha dado margen para sumergirme en el abismo de mis males. Pero ella os sorprenderá y burlará vuestra vigilancia. Esta noche, sí: esta noche la aguardo. El amor le servirá de escolta.

Animo; apresúrate... Yo te espero y no saldré de aquí sin verte. Silencio.

NOCHE XX.

¿Quién pretende sacarme de aquí? No; no me iré. Ningún objeto me llama á otra parte, todo me detiene aquí: sí, todo me detiene.

Pero yo mismo lo pedía. ¿Yo? Torcuato, ¿es posible que tu razón se haya extraviado hasta tal extremo? Tú conspiras contra tu propia felicidad.

Sí, felicidad es ésta. ¡Qué importa que aquella puerta esté cerrada, y que las ventanas estén aseguradas con barras de hierro! Leonor únicamente me interesa. Ella difunde en este lugar una luz celestial; embalsama el aire que respiro y llena mi alma de un contento inexplicable.

¡Oh! ¡digno objeto de todo mi amor! perdona si pensé en alejarme de este sitio. Un genio maléfico me pintaba todas las cosas con negros colores, confundía mis sentidos y tiranizaba mi razón. Ahora soy dueño de mí; hoy me reconozco.

Mis enemigos creen haber triunfado. ¡Miserables! á mí me habéis dado vosotros el triunfo. En Ferrara se dirá por mucho tiempo: «Tasso ya no está en la corte, ya no pasea por las cercanías del castillo, según acostumbraba; ni por los jardines como solía hacerlo aún más á menudo.»

No; no estoy ya en la corte; me hallo en un lugar mucho mejor... en el corazón de aquella que es el adorno más brillante de la corte, y del universo entero.

Vosotros no pronunciáis el nombre de Torcuato, sin que su corazón sencillo y amoroso, no se sienta al momento palpitante por mí. Vuestro mismo silencio, y el haber estado por tanto tiempo oculto á su vista, me conceden un lugar aún más digno en su corazón.

Dejadme, pues, aquí; dejadme hasta que llegue el día en que mi amor sea coronado. ¿Llegará este día? Sí; llegará ciertamente.

Tú, guardia, cierra esa puerta con cien candados. No hablaré; no se oirá salir de mi boca una sola queja. Estoy aquí contento y satisfecho. No temas mi fuga; antes vendrá la muerte á sorprenderme en este sitio.

Las grandes pruebas manifiestan un amor grande, y quedándome aquí daré la mayor de que el hombre sea capaz. Y si el amor puede merecerse en la tierra sufriendo todo el rigor del destino, yo habré merecido así este amor que tanto he ansiado: este amor en el cual está cifrada mi dicha.

NOCHE XXI.

¡En este día! Sí; en este día, la corte estaba en *Belriguardo*; yo también me encontraba allí. Juan Bautista, ¿te acuerdas? Los dos estábamos juntos, y tú me hablabas del Aminta. De repente se descubre un grupo de mujeres; los cortesanos acuden en tropel, y tú prorrumpes con desdén: *¿se obra tal vez aquí algún milagro?* El lugar donde estábamos era bastante elevado, de manera que sin ningún esfuerzo podíamos distinguirlo todo. ¡Ah! cuánto me acuerdo de aquella ventana, de aquella reja; sí; de aquella reja, que contuvo

mis ímpetus; y tú, amigo mío, me libraste entonces de una peligrosa caída.

Por espacio de una hora quedé enagenado; ya no te vi más, ni oí lo que decías.

Aquellos dos ojos que miré fueron saetas que atizaron más en mi corazón esta llama que me consume día y noche. Siento su ardor voraz, que ha pasado á ser para mí un tormento de muerte. No; me engaño: esto ardor es para mí elemento de vida: sin él hubiera ya dejado de existir.

Pero tú no me escuchas: mis palabras y el ardiente afecto que me abrasa, son tal vez para tí un objeto de risa. ¡Oh! ¡cruel amigo! Marcha, escribe algún frío endecasílabo, algún madrigal desaliñado, y después...

Juan Bautista no está aquí; poco importa. ¿Debo admirarme si él es mal juez de mi amor? Él no tiene mis ojos, y mucho menos mi corazón.

La naturaleza tiene dos urnas inmensas: en la una están los nombres de los hombres que deben recibir la existencia, y los de las mujeres en la otra. Con una mano saca un nombre de la primera, y con la otra otro de la segunda. El destino lo inscribe á entrambos sobre una misma línea en el libro de la vida. No hay fuerza que pueda en adelante desunirlos. De otro modo, cómo explicaríamos las increíbles combinaciones que unen á nuestra vista dos corazones hechos, según parecía, para estar eternamente separados? ¿No los vemos buscarse mutuamente con impetuosos esfuerzos en medio del inmenso tropel? Se ha dicho que reina en las almas una secreta simpatía. Todo es verdad; la naturaleza ha arreglado de antemano las suertes y los efectos. Ha señalado su lugar á cada uno; y la felicidad consiste en ocuparle.

La mía está puesta en el amor de aquella que siempre tengo presente, que veo siempre, y sin la cual es todo para mí tinieblas. ¡Oh criatura admirable! ¿lo sabes? ¿no te lo ha dicho todavía algún presentimiento de tu corazón? Nuestros nombres fueron sacados á un tiempo de la urna. Es fuerza amar. En vano te lisonjearás con el amor de otro. El mío te fué destinado; y ya lo posees todo entero.

Ella lo sabrá; lo sabrá ciertamente. La naturaleza no puede ocultárselo por más tiempo. Torcuato, anima tu corazón. La plenitud de alegría podría causarte la muerte; prepárate para aquel

instante. Ahora voy ya probando lentamente una parte de aquel placer inefable. ¡Oh! ¡Cuánta dulzura contiene un pequeño sorbo! ¿Que será después, cuando llegue á inundar mi corazón todo entero? ¡Cielos! dadme fuerza para que pueda acabarlo, y entre tanto concédeme algún tiempo para prepararme.

NOCHE XXII.

La campana señala la oración matutina en San Benito. Todavía no he pegado los ojos. ¡Oh! Cuanto tiempo ha que no los cierro. ¿Pero por qué debo cerrarlos? Vendrá; sí, harto vendrá el día en que los cerraré... y para siempre. ¡Ah! sí debe llegar este día; ¡cielo! no me odies hasta el extremo de no dejarme ver, una vez siquiera, aquella, por la cual me sería sensible cerrarlos hoy para toda una eternidad.

Yo creo que el sonido de esta campana llegará hasta sus oídos. ¡Ah! ¡si este sonido la dispierta, podrá á lo menos acordarse de su Tasso! Podrá decir: «En este instante él vela; piensa en mí; habla de mí. ¡Desgraciado! ¡Quién sabe por qué angustias se halla oprimido su corazón; quién sabe qué negros pensamientos le atormentan! Torcuato, ánimo. Ya no eres desgraciado como algunos creen: tú vives en mi corazón, como yo espero vivir en el tuyo. Compadezco tu dolor, y el injusto trato que te dan. Pero tu estado y nuestra desgracia cambiarán. Si hoy estamos separados, vendrá un día en que estemos unidos. Si hoy no te es lícito proferir mi nombre, vendrá un día...»

¡Ah! prosigue, mujer admirable. ¿Crees que este día llegará? ¿lo crees sinceramente? ¿Puedes acelerarlo tú? ¿Pueden acelerarlo mis votos? Yo canso al cielo con mis súplicas; seguiré haciéndolo. Añade tú las tuyas; y con los votos ardientes de dos almas enamoradas, el cielo se moverá á piedad; no lo dudes. Pero aún cuando el cielo se haga sordo á mis votos y los hombres sean injustos, bárbaros y crueles... sabe que desafío á los hombres y á la adversidad; y que ya no quiero perder el tiempo con plegarias ¿Para qué me han de servir? mi amor es puro como el objeto que me lo inspira; y quedará satisfecho si tú lo aceptas. Estoy cierto de que correspondes á mi afecto; no pido más.

Los rayos del sol ya empiezan á brillar sobre la pared opuesta. ¡Oh lumbrera de la noche, tan cara á mi corazón, concluye tu

fatigado curso! reposa, ya que yo no puedo. Pero en medio de la inquietud que me atormenta, me anima un secreto placer, el placer de la esperanza. Tiemblen aquellos que la fortuna colocó en lugar elevado, aquellos cuya alma nada tiene ya que desear. ¿Qué otra cosa les queda, que verse precipitados en el estado opuesto?

La condición del infeliz es muy diferente: cualquier mudanza que sobrevenga le aproxima á su felicidad. Torcuato, ten valor; tú eres infeliz.

NOCHE XXIII.

¡Ay de mí! ¡Qué vacío encuentro hoy en mi entendimiento! ¡Qué esterilidad de ideas! Mi sentimiento está agotado.

Torcuato, ¿estás todavía en este mundo? me toco la cabeza... está en su lugar: aquí tengo los ojos... ¿Pero es posible? ¡Nada veo, nada percibo!... ¡nada, nada!

Levantémonos. Ésta es mi mesa: la toco... éste es mi lecho... ¡Oh testigo fatal de los afanes de un hombre el más infeliz! Sobre tí extendiendo mi cuerpo, no para reposar, no para conciliar el sueño tan dulce á los fatigados miembros, sino para abandonarme siempre al cruel dolor que me oprime.

Yo vivo, sí, vivo. Mi dolor lo atestigua aún más que esta mesa, que estas sillas, y que este mismo lecho. ¿Qué dije? ¿De qué hablaba poco ha? Ya no me acuerdo... ¿á qué me habéis reducido? Yo no era así; no, no era así. Sábelo el cielo, y yo también lo sé: ¿para qué pues invocarle?

¡Ah! pero sabe el cielo que yo no merecía quedar reducido á tan mísero estado. ¿Pues por qué no me venga ya que lo sabe? El cielo es justo: y la venganza de un inocente ultrajado forma parte de la justicia. Me vengará sí, me vengará: estoy cierto.

¿Y que hará por tí el cielo, Torcuato? ¡Largo tiempo ha que le invocas, pero en vano!... ¡No blasfemes, desventurado! porque el cielo es tu más fiel amigo, el único que te queda.

¡Ah! ¡He tenido un sin número de amigos!... pero todos falsos. El verdadero amigo no abandona al desgraciado: sabe partir con él las penas, así como hacerle partícipe de sus felicidades. Desde que caí en el infortunio, no he visto uno solo. ¡Viles! ¡desagradaríais al duque! Id á adularle. Decidle que es justo; que es laudable cuanto ordena; que Tasso... Todos los hombres se han conjurado en mi

daño. ¿Pero el cielo me escucha acaso?... Lo ignoro.

¡Ah! si mi entendimiento me sirviese como otras veces, si tuviese clara y despejada mi mente como la tuve en otro tiempo!... ¡Pero una gran oscuridad me rodea... ¡Dónde estoy! He oído decir que los moribundos pierden por grados el uso de sus sentidos. ¡Me hallaré ya acaso en tal estado! ¡Qué frío! ¡Qué aspereza en estas manos! La pluma rehusa servirme... hagamos un esfuerzo. Si no consigno mis pensamientos en este papel se perderá bien pronto su memoria...

No puedo más. Descansemos. ¡Ah! ¡Torcuato, qué reposo es el que te aguarda! El último... El reposo de los infelices... la muerte.

NOCHE XXIV.

He dormido. He recobrado mis perdidas tuerzas.

¡Mañana saldré de aquí!... mañana seré dueño de ir á Sorrento, á Roma, donde yo quiera. A Florencia, no... No temas. ¡Cielos! ¿Será verdad? ella va... vuela á los brazos de un esposo, ¡ay! ¡y éste no es Torcuato!

He pensado... Lo haré así... sí, le escribiré.

«Amor te hizo mía. Lo eres y lo serás mientras yo viva. Ya no te acuso de traición... ni de perfidia. Antes al contrario te compadezco, víctima infeliz de la ambición, que como tirana domina en todos los corazones de tu familia y sobre tu suerte. Te preparan un enlace y una fortuna bien distinta de la que había proyectado mi cariño. Conmigo hubieras sido libre, con otro serás siempre esclava, y madre de una prole también esclava. Desengáñate ¿Viste jamás en casa de tu padre reinar la libertad? No. Sólo una corte y riquezas... ¡Desventurada hija! No están reservadas para tí semejantes cosas. ¿Para vivir necesitas tú acaso de habitaciones espaciosas, grandes salones, llenos de viles aduladores, de parásitos golosos, y sanguinarios espadachines? ¿Necesitas para vivir, de espléndidas comidas para que se sacien los demás? Indícame una, una sola de las magnificencias que se ven en casa de tu padre, que sea necesaria á la paz del alma, y á la libre demostración de la ternura. La hija de tu jardinero, la hija de un padre miserable nada posee de todo esto, y sin embargo está más alegre y más contenta que tú. Te han hecho traición, sí; traición. Tu padre y tu esposo son unos pérfidos que se han conjurado para inmolarte. Embriagados con la vil grandeza que nace del poder supremo, contratan ambos con tu sangre la opresión

de media Italia. Vé: entrégate en brazos de un esposo que ayer hubiera llevado á su lecho cualquier otra mujer que le hubiese prometido igual fortuna. Vé á los brazos de un hombre á quien ayer hubiera rehusado tu padre por yerno, si otro más poderoso te hubiera solicitado. ¡Tú no probarás las dulzuras del amor! ¡Ah! Las dulzuras del amor no se encuentran sino en la clase media, lejos del temor, lejos del remordimiento; donde el corazón elige; donde el sentimiento guía; donde...»

Yo no puedo sufrir asesinato semejante. ¡Ah! Dejaré un nuevo ejemplo para la historia.

¿Pero dónde está ese rival; dónde ese himeneo? Nada hay de ello. Gracias al cielo; yo he delirado hasta aquí.

Rasguemos este papel. Que no quede señal alguna de mis dudas. No; no, consérvese. Un día lo leerá Leonor, y verá hasta qué punto me afligía por ella.

NOCHE XXV.

¡Cielos! ¡cielos!... ¡Ah! ya no hay esperanza para mí. Vencieron los traidores. Deteneos. Es en vano: la llama lo ha devorado todo.

Mira aún algunas hojas transportadas por el viento á través del denso humo.

¡Veinte años de fatiga! ¡un millón de años de gloria!... Todo se ha perdido en pocos instantes!

¿Todo? no, no tendrán esta vanagloria mis enemigos. Lo que conseguirán es su infamia... infamia eterna... ¡Zoilos insensatos! Cuanto más obstinada sea vuestra vil persecución, tanto mayor será mi gloria. Vosotros, sí, pereceréis. No pasarán dos generaciones sin que vuestros nombres sean entregados al olvido.

Pero no: subsistan esos viles nombres; para ser el eterno objeto del general desprecio.

Yo he medido mis fuerzas con los ingenios de mi tiempo, y mi valor no ha decaído. La firmeza con que he sostenido mi empeño, es una prueba en favor mío... Ariosto.

Grande fué Ariosto. ¡Ferrareses! cuando las ciudades de Italia se disputarán orgullosas la gloria de haber sido cuna de grandes hombres, dejad aparte la larga lista de los vuestros; nombrad solamente al cantor del *Orlando*. A estas palabras todas enmudecerán.

Pero Ariosto, semejante á su héroe, se extravió por los campos del capricho. Mezcló lo bajo y lo sublime, las extravagancias y los rasgos de valor; cual nuevo Dédalo creó un laberinto, debiendo tal vez posteriormente su gloria, á el haber sabido salir de él.

Esclavo de una corte corrompida, trató sólo de complacer á un magnate orgulloso, que le pagó con ingratitud; de esta suerte profanó la mejor obra de las musas, dejando á las generaciones que le siguieron, el sentimiento de que hubiese empleado tan mal su ingenio.

Un sólo rival puede en este siglo disputarme la palma. ¡Ah! ¿dime, eres también desventurado como yo, oh cantor virtuoso de la más alta empresa, que hayan ideado tus compatricios? El eco de su fama ha llegado hasta nosotros. ¡Mísero! aunque no tanto ciertamente como yo. Los nietos de Emanuel perderán el imperio de la India; la soberbia Lisboa no verá cubrir sus playas con los tesoros del Asia y del África; pero la primera gloria de sus inmensas conquistas conservará aún todo su brillo en los inmortales versos de Camoens. Las generaciones admirarán en la *Lusiada* el increíble valor de un puñado de hombres, que domando infinitas naciones, luchando con terribles y desconocidos peligros, llevaron á la extremidad del universo sus virtudes, y la religión de sus mayores.

También una grande empresa, la mayor que los pueblos de Europa han llevado á cabo, elegí yo por argumento de mi poema. Mi *Jerusalem* será para todas las naciones cristianas, lo que fué para los griegos la *Iliada*, para los romanos la *Eneida*, y lo que ha sido la *Lusiada* para los portugueses.

Un sagrado entusiasmo inspiraba por todas partes á los pueblos y á los reyes, el deseo de arrebatar del poder de manos infieles los lugares consagrados por nuestra religión. Desde entonces cambió la política de Europa. En su horizonte apareció la aurora de las artes; y los errores del fanatismo dieron nacimiento á una feliz renovación de usos, leyes y costumbres.

Los historiadores señalarán esta época como la más célebre en los fastos de las naciones modernas. Ella es lo que fué para los antiguos el paso de los griegos á Troya. Yo he hecho más; la he eternizado con mis versos.

¡Ah! ¿se preguntará cuál fué el destino del poeta!... Camoens, ambos somos desventurados. Y ¿quién lo fué en todos tiempos, sino

el que mereció no serlo! La injusticia, no obstante, sólo reina por un momento; después desaparece, y con ella sus fautores y sus ministros.

¡Ah! ¡así desapareciesen las sombras fatales que oscurecen la mente de mi señor, y que han excitado su cólera contra mí! Si escuchando la voz de la razón considerase la pureza de mis afectos...

¡Mas de qué hablo! acaso la ambición de los grandes de la tierra cede alguna vez al imperio de la razón...

Salidos de humildes principios, sostenidos por el tiempo, por la debilidad de los otros, por su propia osadía, y extendiendo su poder entre las discordias civiles, ora siendo el sostén de su patria, ora su azote, han llegado algunos tiranos al grado de elevación en que Italia les mira.

Los tiempos son los que establecen la diferencia entre la suerte de los hombres. Cuando aquellos no poseían mas que un arruinado castillo al pie de los Euganeos, si uno de mis antepasados hubiese elegido una esposa de su familia, hubiera sido reputado por un hombre ilustre, y digno de su parentesco; y tal vez hubieran buscado su alianza como ventajosa. Al presente, por haber aspirado yo á semejante enlace, soy el objeto de la persecución de uno de sus nietos. ¡Qué mudanza!

Y bien; me contentaré con mi desgraciado amor, y á lo menos dejaré de él vestigios indelebles á la posteridad.

Con doble título entonces será apreciada mi memoria: pero la de mi perseguidor, ¡oh! ¡cuán detestada!

NOCHE XXVI.

¡Ah! ¡de qué mala calidad es este pan! Se encrudece en mi estómago, y se convierte en veneno. No me traigais más. Ya conozco la mano pérfida que me lo envía. ¿Puede acaso la perfidia dar otra cosa que veneno?

Se me da este pan para que mi infeliz existencia consumida cada día por el dolor, cobre también cada día fuerzas para soportarlo. ¡Cruelles! este es un nuevo género de barbarie. Hacerme morir todos los días...

Dos caminos tengo abiertos para eludir este sacrilego designio. O rehusaré recibir este pan, sustrayendo así la víctima al furor de los

tiranos; ó fomentaré en mi corazón la dulce esperanza de volver á ver algún día aquella por quien sufro tanto; y absorto en tan lisongera idea, inutilizaré los atentados de mis enemigos... ¿Cuál de estos dos caminos tomarás, Torcuato? Entrambos exigen sumo valor y resolución.

¿Escogerás el primero? Torcuato, piensa en tu último instante... Aquella, cuya imagen tienes siempre presente; aquella, cuyo nombre pronuncias con tanto placer; aquella, por quien sufres; aquella... ya no la verás más?... ¿Olvidarás para siempre su amor?... ¿Quedarás muerte para ella?...

No, no. Aunque infelice, perseguido... despedazado por cuanto tiene de más cruel y acerbo el rencor, viviré; viviré para recordarla siempre; para nombrarla, y tener ante mis ojos su imagen divina. Ella es mi vida... ella es mi todo... ¿Cómo renunciar á su amor? No; no muero.

Prolonguemos, pues, esta miserable vida; alimentémonos cada día del dolor; con el sufrimiento de hoy, preparémonos para el de mañana, y pasado mañana, y el otro y siempre, hasta que llegue el deseado instante en que varíe mi situación.

¡Ah! la empresa es muy ardua... muy ardua. Pero hay en ella un consuelo. Quisieran verme muerto y no lo conseguirán. Viviré, sí; aunque sea en los brazos del dolor, para desafiar su rabia, para probarles que son inútiles sus esfuerzos, y que el alma de Torcuato es superior á todo su poder.

¡Cuántos intereses logro combinar con esta sola resolución... Me vengo, y amo...

Mi constancia encenderá más y más el furor de esos pérfidos: un bálsamo celestial lloverá sobre mi corazón; bálsamo de increíble virtud, que restableciendo mis fuerzas, me dejará al salir de este estado, mejor dispuesto para adorar á mi amada... aquella mujer divina tan merecedora de los sufrimientos que me causa su amor. Prefiero pues vivir.

NOCHE XXVII.

La gloria me llama al Capitolio. Voy á ser coronado como el primer poeta de mi siglo. Vamos. No tengo ya enemigos. Ya no habrá más obstáculos á mi amor. Podré hablar de él con entera libertad, y en cuanto desee este corazón lleno de su ardor.

El duque ya no se desdeñará entonces de oír mis sentimientos: sus cortesanos tampoco harán un delito de mi pasión. Callarán al fin y su envidia hasta ahora tan fatal para mí, se convertirá en veneno para ellos mismos, y será la señal de mi triunfo.

¡Animo, Torcuato! sufre con valor el presente infortunio, que no tardará en llegar tu redención, tu victoria y tu felicidad.

¿Qué obstáculo se ha opuesto hasta ahora á mi dicha? El ser un simple particular... Las hijas de los príncipes deben aspirar á bodas reales. De este modo el orgullo clasifica la raza de los hombres.

Pero bien; sea así. Yo no soy un hombre oscuro, ni un mero particular. Ciñe mis sienes una corona, fruto de mis afanes: ninguna parte ha tenido en su adquisición la casualidad. ¿En qué clase me colocaréis? ¿A quién me compararéis? También seré soberbio y orgulloso, si es esto lo que se requiere.

¡Oh! ¡beldad divina! tú eres la única que puedes servir de premio á mi elevación! No, no tendrás que avergonzarte de mi amor. La historia contará entonces dos mujeres inmortalizadas por sus amantes. ¿Quién no envidia la suerte de Laura? Tú serás la segunda por razón del tiempo; pero la primera seguramente por haber gozado completa felicidad.

Sí: unida conmigo serás feliz. Esposa de un príncipe, ¡ah! ¡cuántos cuidados deberías temer!

La envidia de sus ambiciosos rivales, las conjuraciones y las guerras, pueden facilmente arrancarte el esposo, y robar á tus tiernos hijos su herencia. Sforza y Bentivoglio no son nombres antiguos en los fastos de los príncipes desgraciados. Tu prima... En tu misma casa tienes el ejemplo. ¿Con qué fiestas y esperanzas no partió para Bolonia? Ella ha visto ya morir á su suegro prisionero en Milán; desterrado á su marido; y estarles prohibido á sus hijos acercarse á larga distancia de la ciudad, que debía ser su patrimonio.

Las grandezas de los príncipes tienen sólo un periodo. Y tú, esposa de Torcuato, gozarás apaciblemente de mi gloria, y la verás transmitida á tus nietos. Ni á tí, ni á ellos podrá nadie robarla; porque tampoco puede nadie robármela á mí.

Ella lo ha oído. Apresurémonos. El tiempo de la felicidad se acerca.

NOCHE XXVIII.

Desde que estoy encerrado en este lugar, no he visto á ninguno de mis amigos: ¡Ingratos! ¡no venir á visitarme! ¡Qué amistad es la vuestra! La amistad de los hombres.

¡No precipites tus juicios, Torcuato! Tal vez habrán querido venir. Quién sabe cuantas veces lo habrán intentado. ¿Pero se les habrá permitido?

¡Oh! amigos míos, si supieseis la mísera situación en que se halla vuestro Tasso. Lo paso mal... muy mal. La noche y el día son una misma cosa para mí. La noche no ve cerrados mis ojos. El día camina para mí con tanta lentitud, y con una luz tan pálida, que en vez de alegrarme como sucede á todos los demás mortales, aumenta mi tristeza, me llena de mal humor, y colma mi desventura...

¡Oh! qué horribles fantasmas aparecen á mi imaginación para aterrarme. Procuro ahuyentarlas; pero vuelven á asaltarme con más obstinación, y yo sucumbo á mis nuevos esfuerzos. La misma esperanza, ese dulce consuelo de los desgraciados, es un azote para mí. ¿Cómo puedo dejarme seducir por sus lisonjas? ¿Qué fundamentos tengo para creer que encontraré al fin justicia entre esos hombres que me persiguen, ó piedad al menos en aquella que es la causa de todos mis males?

¡Oh! ¡caros amigos! ¡Oh vosotros que tantas ofertas me hicisteis en los pasados tiempos! vosotros, cuyos consejos he seguido tantas veces hacedme ahora este favor. No conocéis, no, su alto precio. Id á encontrarla. Vosotros la veréis si deseáis servirme; porque á vosotros no se os vigila como á Tasso.

Jamás ninguna mujer inspiró tanta confianza. Veréis esculpida en su rostro la misma bondad. El metal de su voz os animará á hablarle, á fin de que atienda á mis ruegos... Decidle: *Señora, ¿dónde está vuestro Torcuato?*

Al oíros bajará la vista. Observadla bien. Mudará de color. Sus ojos tal vez se humedecerán... Habladle entonces con firmeza y decidle: «Torcuato está encerrado en un lugar que ofrece el espectáculo de la miseria; pero no creáis, señora, que haya perdido el juicio. Esto es una calumnia. Piensa continuamente en vos; en vos sola; habla sin cesar de vos; no pide otra cosa, ni suspira mas que por vos. Vos sois su todo.»

«Tal vez en medio de sus duras penas está contento, porque padece por vos. Y tal vez, señora, se abandona á su desgracia, y

desmaya, porque no recibe un solo rayo de consoladora esperanza. ¿Qué será de nuestro amigo? Quisiéramos verle libre; pero él no quiere la libertad si se ha de privar de vuestra vista. Vuestra imagen tiene ocupado su entendimiento, y arrebatado su corazón. Dice que su amor os fué grato, y el acento con que lo dice, perdonad señora, pero no manifiesta locura en su entendimiento, ni menos arrogancia en su espíritu. Acaso se lisongeó demasiado con esta idea. No debéis, pues, mostraros en esceso rigurosa...»

No; callad, callad. Este discurso no es como yo lo quería. No sabréis hablar cual corresponde á su elevado corazón, y al amor mío. ¡Amigos débiles! Idos: gozad de vuestra libertad, y de vuestra fortuna. Dejadme en mi miseria: más grande soy yo seguramente con ella, que vosotros con vuestra prosperidad. Marchaos.

NOCHE XXIX.

Ya nace el sol. Los artesanos se entregan al trabajo; y el laborioso aldeano ya les ha precedido de algunas horas. ¡Ah! por mucho sudor que bañe vuestro frente, no sois desgraciados. La noche os anuncia el termino de vuestras tareas, y el principio del reposo.

¡Yo sí que soy infeliz! También en otro tiempo me levantaba solícito al par que vosotros, y á veces muchas horas antes. Inflamado por el numen poético, grato pero fatal presente que me hizo el cielo al nacer, componía versos plácidamente. Versos que harán mi gloria mientras viva, y serán en todo tiempo la de Italia. Nunca me fatigaba tan dulce ocupación: no se hallará en mis versos señal alguna de cansancio. Si interrumpía mi trabajo, era para limar y embellecer más lo que el súbito entusiasmo me había inspirado. Llegaba el medió día. ¡Cuántas veces pasé sin advertirlo, y enagenado por mi dulce éxtasis, proseguía mis tareas hasta bien entrada la noche!

Entonces en medio de mis caros amigos, repetía en alta voz el sonoro canto que había nacido en el silencio de la soledad; y el día más bello para mí era aquel en que había compuesto versos mejores.

¡Oh! ¡qué mudanza! En los meses que estoy encerrado aquí, no he visto siquiera brillar un rayo semejante al de aquellos días: no tengo ya fuerzas para la poesía, ni deseos de adquirirla. Un frío

silencio me circunda; mis sentidos están embotados; mi alma fría, adormecida...

¡Adormecida! ojalá lo estuviese en realidad. Yo le diría: has recorrido un largo espacio; tú sola hiciste más que millares de hombres juntos favorecidos también por las musas. Descansa ahora. Llegó ya el tiempo de entregarte al reposo.

Pero, ¡ay de mí! esta alma se halla sumida en un estado muy diferente. Infeliz juguete de una dulce, pero desgraciada pasión, fluctua incierta en un mar borrascoso, que la perfidia agita cada vez más, sin que aparezca un sólo rayo precursor de la calma. Amontonadas unas sobre otras, las olas se entrechocan, levantan á las nubes su espuma, y me arrastran en medio de su silbido amenazador... ¡Cielo! tú sabes á dónde, yo no! pues que turbado por el mugido proceloso, perdido en la noche horrenda de la tempestad, no descubro ni playa ni escollos; y la muerte que siempre me amenaza, parece que satisfecha con haberme aterrado, se complace aún en alejarse de mí...

¡Ah! ¿hasta cuándo ha de durar esta borrasca? Hay empero en el cielo una estrella de admirable esplendor: y si un escaso rayo de su luz consigue paso al través de las densas nubes, iluminará, no sólo el camino de mi salvación, sino el universo entero: tomarán las cosas un grato y nuevo aspecto, sucederá una calma duradera, y días de vida y de placer.

¡Oh estrella á la que con tanto fervor invoco! ¡Oh única esperanza y sólo bien de este afligido corazón! Yo te conozco: yo se que has salido ya de tu oriente, que te has elevado mucho sobre el horizonte, y fija en el lugar que te estaba destinado, resplandesces desde allí, y encierras en tu seno mi fortuna. Sin duda que son pasajeras las nubes que te ocultan á mi vista. Tus rayos con el tiempo lucirán con nuevo brillo y yo tornaré á la vida y al placer.

¿Quién entonces más dichoso que yo? Tiempo atrás te ví, y tengo bien presente la felicidad que llovió sobre mi alma. Entonces tu hermosura infundía nueva fuerza á mi corazón y á mi entendimiento. ¡Cuán grande es el éxtasis en que nos arrebató un objeto amado!

¿Y al presente estoy separado de tí, tan sólo porque te amo? Siento toda la crueldad de esta separación tan bárbaramente ordenada por un tirano poder. Esta opresión aumentará la alegría

que tendré al verte, cuando abierta la puerta de esta infame morada, pueda postrarme á tus pies, como lo anhela mi afanoso corazón. Mi súbito entusiasmo, y el deliquio en que caeré, te darán pleno testimonio de la dureza de mi presente dolor, y del amor... ¡Oh! sí, de mi amor puro y vehemente, que no ha habido, ni habrá otro igual en la tierra.

Torcuato, llegará, sí: llegará el momento en que desaparezca la noche que te rodea, cediendo á la luz de aquella benigna estrella. Tornarán á lucir los días hermosos y serenos que gozaste anteriormente. Los volveré á ver más hermosos y más serenos; y adquiriendo de nuevo el antiguo númen, entonaré cantos dignos de mi celestial amada y dignos de mi amor.

¡Oh sol! acelera tu curso, y vé presuroso á encontrar el momento que aguardo. ¿Silbes tú con qué impaciente arador lo espero?

¡Yo hablo al sol! ¡Mísero!...

¡Ay de mí! La naturaleza está sorda á mis invocaciones.

NOCHE XXX.

He salvado el honor, he trabajado para mi gloria. El infortunio no me ha eximido de su rigor: ¿tengo yo acaso la culpa? Mis enemigos tampoco han podido perdonarme los dones que recibí de la naturaleza. ¡Ay de aquel á quien se otorga tan funesto perdón!

Los disturbios del país... Las vicisitudes de un príncipe desgraciado... ¡Ah! Padre mío; todos hemos tenido á la fortuna por enemiga.

Separado de tí desde mis tiernos años... restituído á tu seno por un breve instante... ¡y condenado después á estar siempre lejos de tí! Deja en un mar tempestuoso á una débil navecilla sin piloto que la dirija; presentando ora un costado, ora el opuesto á los embravecidos vientos, resistirá por algún tiempo los ímpetus de la tormenta, expuesta á estrellarse á cada paso; pero, ¿podrá jamás llegar á un puerto seguro?

Esta navecilla es tu hijo. Tú no has podido ignorar mi cariño. Tú desde la luz eterna en que vives, la ves ahora en toda su extensión. ¡Oh padre mío! Tu Torcuato es infeliz; pero no culpable.

Amé con demasiado ardor... Pero no encendí yo en mi corazón esta infausta llama. La creó una fuerza más poderosa que yo y á la cual me fué preciso obedecer.

Levántate, celestial mujer. A tí corresponde mi defensa: á tí que no te ofendiste por mi pasión.

¿Y hay quién sepa hasta qué punto debí alimentarla? Hé aquí el inmenso cuadro en que se ven descritos los desvaríos de los hombres. Los míos están también marcados aquí. Y bien: ¿qué dedo señalará la línea fuera de la cual no me era permitido extenderme?

Sagrado es el elevado y noble objeto de mi amor. ¿Lo habré profanado yo? ¡Padre! ¡Padre! decídelo tú con tus santos labios...

¡Ah! Ya llegará el día en que reuniéndome á tí en la mansión celeste, do vives inmortal, oiré la sentencia. Espero, deseo ese día. ¡Oh! si algo pueden tus votos en favor de un hijo desgraciado, apresúralo. Yo soy una parte de tu ser: y qué será de mí, si rezagado en el incierto y fatal camino en que me hallo ahora extraviado, ¿tardas en socorrerme? Mira mi horrible situación. Mira los inmensos males que se han agolpado sobre tu *Torcuato*. No te hablo del corazón. ¡Mísero! ¡De cuántas saetas es blanco! Hablo de mi entendimiento. Y ¿qué le queda ya al hombre, si se le despoja del entendimiento?

Hé aquí una impostura. Ha sido urdida por un tirano. Pero ya lo sabe toda Italia. Desgraciadamente estoy en un lugar reservado á aquellos, que ignoran hasta lo que pasa dentro de sí mismos.

¡Infames! ¡con tan vil pretexto encubríis la negra trama! ¡Ah! si el cielo vela sobre los justos, ¿por qué retarda la venganza que pido? ¿Y si parte del cuidado del cielo consiste en sustraerme á los indignos tratamientos que sufro, por qué, Dios omnipotente, no me arrebatáis á vuestras celestes moradas?...

Tasso, espera. La esperanza templará tus angustias.

NOCHE XXXI.

¡Torcuato! ¿Dónde estás? —¿Dónde?... Antes estaba yo en la corte... Sentía deseo de adquirir fama; ambición de ser apreciado, anhelo de alternar con los grandes, y obtener su favor... ¡Favor de los grandes!...

Sí; toda la Italia exaltaba á los Estenses Aquí, decían, reina, aunque en reducido imperio, un Augusto, no contaminado con la infamia de las proscripciones. Su palacio es la reunión y asilo de los grandes talentos del siglo. El los obsequia, los favorece, y los colma de honores. Vamos allá. Seamos el Virgilio de este nuevo Augusto.

Llegué pues á la corte. ¡Oh! ¡cuán expuesto está el hombre á ser seducido! Magnificencia, profusión, lealtad... ¡Qué no me pareció ver allí! Encontré muchos talentos, dos solamente de los cuales hubieran bastado para ilustrar á su siglo. Hallé aún conservada la memoria de otros muchos. —También quedarán engañadas las futuras generaciones, y dirán que nuestro siglo fué tan bello como el de Pericles.

Ignoro la historia de la corte de Pericles; pero estoy cierto de no haber leído jamás, que ningún filósofo, orador ó poeta atraído á Atenas para celebrar las virtudes de aquel príncipe, haya sido mandado por el mismo á la cárcel ¿Y no es cárcel, infeliz, esta en que tú te hallas? Sal de ella, si tanto puedes.

¡Ay! cárcel es, sí. —¿Porqué?... ¿Intenté acaso alguna traición? ¿Urdí conspiraciones? ¿Yo? Nada he imaginado siquiera de todo esto.

De su familia vi yo... una... una mujer joven, la más hermosa... Es verdad. ¡Ah! por qué la vi. ¿Es delito el verla? Todos los demás cortesanos la miraron igualmente que yo.

Osé amarla. ¿El amarla es un delito? ¿Y no merece ella ser amada? ¡Ah! para esto la hizo el cielo tan bella... ¡Cortesanos! ¿no la habéis amado también vosotros? No, no; yo sólo la amé, yo sólo. Este es mi delito.

Detenedme, arrojadme, martirizadme, dadme la muerte. Yo insistiré en este delito: la amé... y la amo. Pereceré; pero la amaré hasta el postrer aliento. Si se me quiere abreviar la vida, para que cese de adorarla, se hará más intensa la llama de mi amor; y en su corta duración absorberá y contendrá el sentimiento de largos años. Se convertirá en fuego; y excitará un voraz incendio en mis entrañas. Se verán salir llamas de mi pecho, elevarse en torno y llenar este aposento, y todo él espacio. Quedaré reducido á cenizas: y los que vendrán á contemplarlas, leerán en ellas mi inmenso amor, las mirarán con un temor sagrado, y nunca con el trascurso de los siglos hará presa de ellas el hielo sepulcral.

¡Pero qué! ¿acabarás tú, Torcuato? ¿Acabará tu amor? ¡Qué negro pensamiento! El amor tiende á la eternidad. Para un corazón ya prevenido, ¿qué es la idea de la muerte? Más terrible es la idea de que pueda tener fin su amor...

El mío seguramente no lo tendrá; hay en mí una parte, que

vencerá al tiempo destructor. Libre del frágil despojo que la circunda, volará al inmenso campo de la eternidad, en donde igual constantemente á sí misma, é inmóvil en su sentimiento, no conocerá ni medida, ni gradación en los tiempos. Un sólo pensamiento constituirá su vida; un pensamiento puro sin interrupción, sin mezcla de otro alguno, perenne, continuo: el de la excelsa mujer que idolatro. Este pensamiento será mi puro amor: mi vida entonces será sólo un sentimiento, ú otra cosa mejor que constituya vida, la alegría, y la beatitud: si lo constituye todo, todo será siempre.

¡Agravad pues mis penas, crueles! Quitadme el aire que respiro, bárbaros, ya que me habéis privado de la vista que hacía mi felicidad. No hacéis con esto mas que anticipar el momento de mi bienestar. Ya estoy contemplando su grandeza.

¡Oh tú, alto objeto de mis deseos! ¡Pueda al menos verte una vez, antes de volver á contemplarte en el lugar donde se halla el arquetipo de toda terrena belleza! En todo instante estás presente á mi imaginación; tu divina figura, tus facciones celestiales, tu rostro sobrehumano, tus adornos, tus gracias, tus caricias, todo lo estoy viendo, aunque esté lejos de mí: pero el verte siquiera una vez sería para mí una delicia suma. Me quedarían entonces esculpidas en el Corazón, tus elegantes formas, tus dulces maneras... y aquellas palabras que respiran celestial naturaleza, y que desde la primera vez que te oí, causaron en mi alma una impresión tan viva, un temblor tan dulce, que aún duran ahora sus palpitaciones. ¡Ay! y no la tornaré á ver... ¡ya no la veré más!...

¡Corte engañadora! ¡hé aquí lo que fuí á buscar á Ferrara! ¿Quién me sugirió tan execrable pensamiento?...

¡Oh! vosotros que habéis recibido de la naturaleza un tierno corazón, huid de esta tierra; sí, de esta tierra: es enemiga de los hombres y del amor.

NOCHE XXXII.

No camina para todos los mortales con iguales pasos el tiempo regulador de los días. El cortesano encuentra breves y fugitivas todas las horas. Oye sus quejas. —Quisiera gustar á sorbos y lentamente las delicias de su fortuna; y mientras tanto, tiembla receloso de que llegue el instante fatal en que la fortuna le precipite

cruelmente del encumbrado lugar en que le colocó.

Pero para mí el tiempo procede con suma lentitud en su carrera. Largos son los días, largas son las horas, y ¡ah! ¡cuán lejos está todavía el momento de mi libertad!

¡Libertad! ¡Cielos! ¡aún es necesario que la inocencia pronuncie esta palabra en el país de la tiranía! Yo he hecho voto... Todos mis anhelos, se concentran en un mismo objeto; y este, momento no llega. ¡Qué haré pues en esta situación! morir... morir.

¡Qué negras sombras me rodean! Qué fantasmas tan horribles tengo á la vista. La muerte está aquí. Estos son sus precursores ¡Torcuato! tiéndete en el suelo. Esta posición es la más conveniente á tu dolor. Estas manos deben descansar sobre el pecho. No, no; al lado izquierdo; aquí donde palpita el corazón. La cabeza también inclinada hacia aquella parte. Pero que mire á la puerta, para que todo mi cuerpo se ofrezca desde luego á la vista de los que entren.

Me represento ya aquel instante en que vendrán á verme... Vendrán, sí, al saber que he muerto.

¡Cielos! no permitáis que sea uno de aquellos muertos faltos de expresión en su helado rostro. No, no seré de aquellos.

Mi fisonomía, aunque desfigurada y cárdena, ofrecerá, sin duda, la imagen del más vivo dolor. Dirán, los muertos no se quejan; pero observa como éste tiene arrugadas las cejas, hundidos los ojos, y temblorosos los labios! ¡Repara su actitud!

¿Ignoráis por ventura vosotros el cruel martirio que ha consumido mi alma? ¿No sabéis que amó con un ardor superior á las fuerzas humanas; que amó cual aman las inteligencias libres de los caducos restos del cuerpo, y que esta mortal cubierta no sirvió mas que para irritar su mismo amor; el cual contrariado por los hombres, y aun por el mismo cielo se reconcentró en su corazón, produciendo el cruel dolor que ha causado su muerte?

Se llevarán mi cadáver. Entonces se tendrá piedad de mí. ¡Qué fúnebre pompa! ¡Cuántas hachas encendidas! ¡qué acompañamiento! Ferrara en masa acude, diciendo: «Vamos á ver á Tasso.»

Se recordará entonces que fui gentilhombre, favorecido en la corte del duque, que merecí el mayor aprecio en esta y otras muchas ciudades de Italia; que fui reputado feliz por mis talentos; que aumenté el esplendor de las letras; que ilustré mi siglo...

Se dirá después que jamás causé á nadie daño alguno; que hice bien á muchos; que si alguna vez estuve poseído por la cólera recobré luego la calma; que los delirios de mi imaginación fueron inocentes...

Callad, que no tengo necesidad de vuestros inútiles elogios. No hacéis uno siquiera digno de mí. Y qué; ¿no habláis de la perversidad de mis enemigos? ¿No habláis del asesinato cruel, que me ha conducido al sepulcro?

¡Bajos aduladores! hasta con los muertos sois injustos.

Aprisa; sepultadme en la profunda huesa donde han de consumirse mis miembros. Sacadme de una vez de esta atmósfera letal y envenenada. En aquellas tinieblas nada oiré, nada veré. Si allí no tengo paz, á lo menos no recibiré insulto alguno. ¡Oh! ¡Torcuato! llegaste por fin á tu eterna morada. ¿Para qué viviste, infelice?

Una voz me despierta. ¡Ah! todavía no estoy muerto. Oigo una voz... pero qué lánguida, y qué mal articulada. Elévate benigna voz, esfuerza tu grato sonido. La voz amiga se aproxima. ¡Gran Dios! haz que no me engañe. ¿Si habré tocado al colmo de la desdicha para verme de repente en el seno de la felicidad?

¡Qué es esto! Mis ojos no distinguen el objeto que tengo delante de mí... Lo distingue mi corazón... ¡Oh! ¡eres tú!... ¡tú!... me falta el aliento. Alargame la mano. ¡Oh! cuán dulce sería la muerte en este instante.

NOCHE XXXIII.

Ve á dar testimonio de ello al mundo entero. Tú quedaste deslumbrado por el inmenso resplandor, que de improviso disipó las tinieblas de tu aposento en la pasada noche. ¿Viste?.. ¡ah! ¡tal vez, miserable! tus ojos vulgares, y tus toscos sentidos no te han permitido participar de aquel divino espectáculo.

Lo tengo bien presente yo, que lo contemplé todo, y formé parte de él.

El genio tutelar de Tasso, dije entonces, se ha avergonzado al fin del abandono en que me hallo.

Un brazo sobrehumano me arranca del lecho, sordo é inútil testigo de mis suspiros, y de mi llanto.

Todo cambia á mi alrededor.

Las paredes de este aposento se deshacen como si fueran de blanda cera. Me rodea una luz, cien veces más espléndida que la del sol de Julio; pero tan benigna y suave al mismo tiempo, que hiriendo dulcemente mis sentidos los llena y embriaga de un deleite inefable.

Ven. —Yo me hallo sentado sobre un carro de fuego. Ferrara tan orgullosa de su vasta extensión, y de sus torres, apenas se percibe con la vista. El soberbio Po, que osa luchar con el mar, el Po aparece por un momento como una angosta cinta blanca, y luégo se pierde entre las ceruleas sombras. El carro, mientras tanto, se eleva rápidamente entre las nubes, y yo me encuentro ya en los inmensos espacios del aire, elemento sólo de los espíritus superiores.

Vamos á donde nos aguarda un destino mejor. Tasso, debía asomar al fin el día de tu triunfo. Está ya cerca; sí; el cielo es quien me prepara suerte tan fausta, deseada desde tanto tiempo, y bien sabes tú si la tenía yo bien merecida.

Ella dirige la vista hacia mí: toda el alma asoma á sus inflamados ojos... ¡toda el alma!... ¡Oh! ¡con qué fuego tan vivo me abrasas, mientras me estrechan tus brazos, divina mujer! En la tierra donde tanto ardió mi corazón, no sentí jamás una llama tan intensa, ni tan deliciosa. Pero, calma. Elevémonos ahora: con el aura de las regiones celestiales quedará purificado tu amante de cuanto queda en él todavía de terreno.

El arco iris está cerca. Los blancos caballos que conducen el carro baten sus alas con más velocidad hacia este arco. Un torrente de luz se desprende repentinamente de su centro, y rasgando la nube se presenta un nuevo prodigio en su abierto seno.

Hé aquí, hé aquí el término de la larga carrera. Ve el delicioso país que nos está destinado, donde reinan puros afectos y no negras desconfianzas; donde no perturba la envidia ni persigue el orgullo.

Mira la amenidad de sus llanuras y esas tranquilas moradas inaccesibles á la tiranía. Aquí, entre el balsámico olor de los mirtos consagrados al amor, nuestra pasión se alimentará de sí misma; en sí mismo quedará saciado el amor nuestro... Una multitud amiga se dirige hacia nosotros... Bajemos. ¡Oh felicidad! todo lo pasado se borra de mi pensamiento. Ya no queda en el corazón vestigio alguno del dolor. ¡Oh! mía, mía para siempre, nunca me serás ya disputada: abrázame. ¿Es un dios quien me hace este presente, ó

eres tú? tú eres el dios mío.

¡Ah!... muere, muere, y ocúltate á tu propia vergüenza. ¿Qué más te queda? ¿ó qué más has de menester?... ¡Oh! mucho tiempo ha que esta fatal necesidad me atormenta, y no tengo fuerza... no... no tengo fuerza... ni aún valor para morir.

¿Estoy soñando acaso? Y cómo creeré que es sueño lo que han visto estos ojos... lo que con estas manos...

Había yo puesto pie en tierra; y alargaba entonces la mano á mi bien, levantado ya en actitud de descender. Tan presente tengo todo esto, que sería una locura ponerlo en duda.

¡Ah! al descender debía haberla asido del brazo: no me la hubieran arrebatado otra vez por los aires aquellos malditos caballos. Yo me tengo la culpa.

¡Pero tú!... ¡oh tormento execrable y grato! ¿Cómo es que creado para conservar la naturaleza, y dar vida á los corazones, te conviertes tan á menudo en veneno, y te haces peor que la muerte? Nadie hable ya mas de amor. Desterradle de la tierra; no es este su lugar. Al infierno... aquella debe ser su atmósfera.

¿Pero tú, que yo poseía al fin... dónde estás? ¿A quién has sido concedida?... ¿Te veré más?...

Habladme de ella... sólo y siempre de ella... no de otra cosa puede ocuparse este desventurado corazón, ni querría ocuparse si ser pudiera.

¡Ay! todo se oscurece. Retiembla el suelo. No puedo tenerme. ¡Hé aquí el término de mis infortunios!...

NOCHE XXXIV.

¡Yo libre! No, no deliro. La puerta está abierta. Claras son las palabras que aquel hombre me ha dirigido. Soy libre.

¡Oh! ¡justo cielo! ¿qué es lo que he hecho? ¿En qué me he ocupado hasta aquí? De nada me acuerdo. ¡Fué un sueño... qué largo sueño! ¡Ah! ¡es posible, Torcuato! A tal punto de miseria habías llegado... Preparémonos para marchar.

¿Pero qué papeles son estos?... Los depositarios de mis delirios. Id hechos mil pedazos, juguete de los vientos, ¡ó testimonios infelices de mi debilidad! ¡Que ni siquiera memoria quede de vosotros, ni de mi vergüenza!...

Mas no; conservaos. Nunca fué mengua amar á un noble objeto;

y estas expansiones inocentes á que se abandonó el alma mía, deben ser sagradas para todos. Conservaos pues.

He leído rápidamente estos escritos. ¡Qué enfermedad tan terrible es el amor! No quisiera padecerla más.

Es inútil empero el disimularlo. Esta enfermedad tan tremenda tiene sobrados atractivos con que seducir al corazón. Estos mismos papeles en donde sólo brillan algunas leves chispas del ciego ardor de que acabo de salvarme; estos mismos papeles despiertan en mí cierta dulce emoción... ¡Ah! los que conocéis el amor sabréis tener piedad de mí!

Pero hay un gran número de hombres, que acostumbrados á la severidad, oirán con disgusto que Tasso haya estado por algún tiempo muerto á la razón. Ocultemos estos escritos á tales hombres. Sacarían de ellos un argumento sobrado funesto para mí.

Pero algún día verán la luz pública. Entonces yo no seré ya del número de los vivientes, y acaso serán leídos con ansia, y hasta tal vez con un sentimiento de piedad. Mas lo que deseo sobre todo es que sean leídos con provecho. Grande lección habré dado con estos delirios.

Notas

(1) La letra primera perdió su antiguo sonido. (*N. del T.*) < <

(2) Este pirata realmente ha existido. Cooper hace frecuentes alusiones al mismo en sus novelas. < <